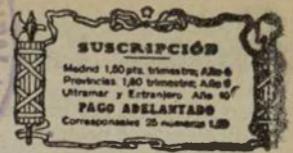


EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 13 de Marzo de 1913.

Núm. 11.

Las elecciones provinciales

Han sido para el partido republicano una gran derrota, una gran vergüenza, y una gran lección, lógica, esperada y merecida.

El pacto de los republicanos de Zaragoza

La primera victoria

Reuniéronse los delegados de la democracia republicana.

Se supuso de la reunión que no muy lejanas separaciones tenían influencia sobre los representantes de la extrema izquierda y los del gubernamentalismo republicano; se hizo más que suponer y silenciarse. Aduciáanse argumentos de valor solamente en las miserias de la lucha político-personal, y dieron las malas lenguas pasto á la incontinencia del pensamiento y del hablar, afirmando en los delegados aviesas intenciones, perfidias germinadas en la capilla particular, pues afirmaban que las hay donde oficia el individualismo.

Falsa y menguada opinión tienen las gencillas suponiendo villanos propósitos en los republicanos directores de las muchedumbres zaragozanas.

Llegaron los radicales, personas cuya significación no puede ser más conocida por su inquebrantable cariño al Sr. Lerroux y á la democracia ultra-radical; uniéronseles los gubernamentales, admiradores fervientísimos del Sr. Alvarez, lemplados en el sentir, sosegados y fríos en el pensar, ecuanímes y serenos como el espíritu de la rectitud, luego, uniéronse los que ni al radicalismo pertenecen á las derechas, llamándose republicanos sin más apellidarse.

Ni una mirada de acerba destemplanza, ni una sonrisa preñada de sutiles ironías, ni hosquedad en el saludo... sólo amistades y afectuosidad hubo en los comienzos de la reunión.

La vida política de las multitudes, en su abigarramiento republicano, estaba en el acuerdo ó en el desacuerdo de sus representantes.

Estos lo sabían. Si hubo entre ellos rencilla político-personal en días no lejanos, olvidáronla para siempre. Pactaron la inteligencia. La primera victoria ganáronla tirando de su pecho animosi-

dades de momento, y el corazón republicano latió grande, magnífico, libérrimo, y el espíritu extendió sus alas y voló hacia las regiones inmateriales de la Libertad.

¡Un abrazo fraternal para todos los hermanos en ideas! ¡Todo por la República!

Acta

En Zaragoza á dos de Marzo de mil novecientos trece. Reunidos los firmantes en el Casino Radical (Cinegío, 3) con las representaciones indicadas al pie, con el objeto de llegar á una inteligencia cordial entre las diversas fracciones que integran el republicanismo local, se tomaron los siguientes acuerdos, adoptados con absoluta unanimidad:

1.º Se procedió á la designación de presidente y secretario de esta Junta, recae en el primero en D. Miguel Tutor y el segundo en D. Venancio Sarria.

2.º A partir de hoy queda firmada y sellada la inteligencia más cordial é inalterable entre todas las fracciones del republicanismo local, con el propósito de hacer perdurar esta inteligencia en todo momento que sea oportuno, y particularmente siempre que se trate de luchar frente á los enemigos comunes, los monárquicos de todos los matices, sin que esta alianza cordial signifique la pérdida de la personalidad de las fracciones representadas, pues se respetarán las organizaciones actuales de todas y cada una de ellas.

3.º Para la práctica de esta inteligencia se constituirá un Consejo Superior, compuesto de nueve individuos, á saber: tres que designará el Partido Radical; tres el Partido Federal, y otros tres el de Conjunción Republicano Socialista. Las tres entidades é instituciones republicanas neutrales, Casino del Arrabal, «La Joven República» é *Ideal*, se considerarán representadas por la totalidad del Consejo Superior.

4.º Las personas que han de integrar el mencionado Consejo serán designadas por sus respectivos partidos y deberán ir provistas en el acto de su constitución de oficios en los que les serán conferidos los poderes más amplios, para que puedan resolver con autoridad suficiente cuantas incidencias puedan surgir en menoscabo de la inteligencia acordada.

5.º Interin este Consejo Superior se constituya, esta Junta funcionará hasta delegar en él toda su autoridad y representación.

Y para que conste, firmamos la presente acta, fecha ut supra.—El Presiden-

te, Miguel Tutor.—El Secretario, Venancio Sarria.

Para su aprobación: Por el Comité de Partido Radical, D. Domingo Borraz.—Por la Casa del Pueblo, D. Sebastián Banzo.—Por la Juventud Republicana Revolucionaria, D. Luis Frago.—Por el Casino Republicano de Torrero, D. Lucas Abós.—Por el Comité Federal, D. Emilio Alfonso.—Por el Comité de Conjunción, D. Miguel Tutor.—Por el Casino de Unión Republicana, D. Mariano Chicot.—Por el Casino Republicano del Arrabal, don Antonio Montesa.—Por el Casino Republicano Radical, D. Juan Aguelo.—Por Jóvenes Republicanos, D. Miguel Hereza.—Por la «Joven República», D. Félix Sancho.—Por *Ideal*, D. Venancio Sarria.

¡Republicanos de toda España!

Los de Zaragoza se han sumado á los de Castellón, Málaga, la Coruña y no recuerdo si alguna provincia más, para borrar diferencias que favorecen á la Monarquía exclusivamente.

Imitadlos, y será la única manera de que la República pueda establecerse en el plazo perentorio que se necesita para salvar á España.

Y si algunos, por mucho que valgan y por altos que estén, tratasen de contrarrestar este movimiento de opinión salvadora, contestadle con aquella hermosa frase de marca aragonesa legítima:

«Nosotros, que cada uno sabemos tanto como vos, y que juntos valemos más que vos...» etc. etc.

Conforme en todo

España Nueva ha dicho:

«Empecemos por repetir que el proyecto de libertad de enseñanza religiosa en las Escuelas públicas, tal como lo han anunciado el Gobierno, nos parece, por su deficiencia, dedicado más á producir un efecto teatral en las masas liberales, que un resultado práctico en pro de la soberanía del Estado.

Pero lo han tomado como pretexto los elementos reaccionarios para combatir, no ya al conde de Romanones, que eso nos tiene sin cuidado, sino á la libertad y al progreso y á los hombres que encarnan estos ideales, y la prudencia y la justicia aconsejan á todos los buenos republicanos, á toda la Nación liberal, salir en defensa del ministerial propósito, no por lo que es en sí, sino por lo que en estos momentos representa.

A su lado nos tiene, circunstancialmente, el Gobierno para ayudarle á llevarlo á la práctica. No dirá *La Epoca* que andamos

en contubernios secretos; bien claro y bien públicamente lo decimos

Cuando el presidente dió la noticia de su proyecto á los reporters nos encogimos de hombros con indiferencia y comentamos en un artículo su ineficacia; pero ahora que las derechas hacen de él un banderín de enganche para concitar los odios de la masa negra contra la España liberal y progresiva y contra los hombres que la acaudillan, ahora es llegado el momento de hacer nuestro ese propósito ministerial, por insignificante que sea, y de luchar al lado del Gobierno con toda nuestra fe y con todas nuestras energías.

A la campaña de insidias y de felonías de los reaccionarios oponeremos la nuestra de datos y argumentos en favor de la Escuela neutra, de la libertad de conciencia, de la libertad de cultos; á sus excitaciones á la violencia, republicanos y socialistas, hombres simplemente liberales, res ponderarán acudiendo á los mítins anticlericales que ya se anuncian, engrosando las manifestaciones públicas que se organicen y apelando á los procedimientos extremos, si á ellos se atreven á llevarnos nuestros enemigos.

No es por el huevo, sino por el fuero, por lo que debemos ir todos á la lucha.

Pongámonos todos, en esta cuestión, del lado del Gobierno; demostrémosle con nuestros actos públicos cuál es la verdadera opinión del país, y así, caso de ceder á las influencias y á las amenazas de conservadores, jaimistas y clericales, no tendrá la excusa de decir que la masa liberal le ha abandonado.

Y si lo hace, cerremos contra todos, porque todos serán dignos igualmente de nuestra indignación y nuestras iras.

Tan bien expresado está en esos párrafos el pensamiento que yo iba á desarrollar sobre este asunto, que no se me ocurre nada que añadir.

Léanlos detenidamente todos los republicanos, y que cada uno en su localidad cumpla con su deber, recogiendo firmas, dirigiendo telegramas, promoviendo todas las acciones que estén á su alcance para que los clericales vean que, á pesar de contar con tantos medios y recursos para mixtificar la opinión, cuando el pueblo liberal dice: «¡esto ha de ser!», aquello es.

Ha llegado el momento de dividir á España en la forma que debía haberlo estado hace mucho tiempo: en clerical y anticlerical.

Que formen en la primera todos los que se apoyan en el pasado para explotar el presente, y en la segunda todos los que nos sacrificamos en el presente para preparar el porvenir.

La Cierwa para probar que todos deseaban en España el fusilamiento de Ferrer, hizo el argumento de que nadie le pidió el indulto.

Si hoy los radicales no pedimos en todos los tonos que salga adelante el decreto sobre el Catecismo, podrá decir mañana Romanones que cedió al clamoreo de los clericales, porque los anticlericales no le ayudaron. Ya lo ha anunciado.

Ayudémosle, pues. Si va de buena fe, por esto. Y si no, para que quede al descubierto.

Simil exacto

En las lejanas playas de la Nueva Zelandia se ve nacer alguna vez una planta parásita en el tronco de un árbol frondoso. Aquella planta pequeña y poco vistosa al principio, crece insensiblemente y forma una especie de vid flexible que adorna el árbol, al cual sus verdes pámpanos y sus lozanas flores deben la existencia. A fuerza de chupar el jugo y sustancia del árbol á que está asida, engruesa, crece y se desparrama, metiendo por todas partes sus innumerables barrenas que se enroscan á todo cuanto hallan, y se clavan como las garras de un tigre en la carne de la gacela.

Cada una de esas fuertes barrenas es un chupador enérgico y voraz; así, pues, llega el día en que por la soberbia vegetación del parásito muere el árbol, á no intervenir una mano amiga ó una tempestad propicia que lo libre de la gigantesca sanguijuela vegetal. Puede llamarse dichoso si por sus abiertas llagas no ha perdido las últimas gotas de su savia.

En la Humanidad, el parásito devorador, al principio pequeño y modesto, y luego orgulloso opresor, es la Compañía de Jesús; el árbol, su apoyo y su víctima, es toda nación en cuyo seno se establece; y cada barrena tan tenaz y destructora, es un jesuita.

La campaña clerical contra mi matrimonio

PRÓLOGO Ó EPÍLOGO

Estoy escribiendo estas líneas y todavía vacilo en decidir si emprendo ó no la campaña de defender la legitimidad de mi matrimonio, puesta en entredicho por real orden de los ministros de Estado y Gracia y Justicia, siéndolo, respectivamente, García Prieto y Canalejas; y por el Tribunal del reino, á petición del fiscal de S. M., siendo presidente del Consejo el conde de Romanones.

Tenía decidido reducirme al papel de sujeto paciente, que he seguido durante dos años, por ver que en España á nadie interesaba, al parecer, este negocio, vital para el clericalismo, y tan propicio á la chacota por la cual se pirran mis gratos compatriotas. Durante este tiempo mi matrimonio ha sido traído y llevado de Herodes á Pilatos, como nuevo Cristo, vestido de la vergonzosa túnica de «litigado»; teniendo por cayado una ley, caña para el de abajo y estaca para el de arriba, y por cortejo la moral ultrajada, la dignidad ofendida, y repudiada por los mismos empleados civiles la soberanía nacional, arrojada á los pies del Vaticano.

No persigue el clericalismo en mi caso el valor y mérito del acto personal, por no haber en toda la Iglesia, desde el Papa abajo, quien tenga motivo de ofenderme personalmente, ni motivos... ni agallas, si tiene cara donde recibir una

bofetada. No es el acto en sí el perseguido, sino su condición de *precedente*. Es, desde el siglo XI, el primer matrimonio de esta índole inscripto como legítimo en el Registro Civil de España, á pesar del Papa, y á la luz del día. Es el asalto del reducto más formidable y con más ahinco defendido por el Pontificado. Y de ahí, de ese reducto, en el cual he clavado la bandera de la soberanía nacional, de la justicia y del decoro humano, de ahí trata de expulsarme el clericalismo, sirviéndole de agentes... los tribunales y ministros de la nación; esos mismos ministros que en sus cantos de sirena al pueblo, simulan celo del honor patrio y de la libertad, y de esos tribunales cuyo presidente supremo se plañe en sus discursos solemnes, de esta vergüenza nacional del matrimonio... pontificio.

En los arcanos de los tribunales he sostenido, durante dos años, la batalla tan ruda como silenciosa, recogiendo en los autos los frutos selectos de la mentalidad de nuestra justicia, la donosura de los procedimientos, las mañosidades de sus discursos, la rasgadura de vestidos al grito de *¡ley, ley!*... aquí, en esta España, donde la ley se exhibe en el balcón de los Pirineos, ante las naciones, atada de manos, sangrándole la frente, amordazada la boca y coronada de ajos, con este rótulo: *¡Ecce-Lex!*

Muchos diputados conocían las escenas de estos arcanos; conocíanlas la Prensa que quiso enterarse; y al ver que nadie, ni en las Cortes, ni en la Prensa levantaba la voz para atajar el paso á la marcha clerical, hubo de decirme: en España no interesa á nadie este negocio. Como *becho social*, toda España halla bien que el Vaticano reconquiste este baluarte y clave nuevamente la bandera nefasta y parricida del celibato, ostentando como emblema el gato de Huesca royendo la cabeza del niño. Esta es la moral oficial y sagrada de la nación consagrada. Y como acto personal... mis méritos son tan insignificantes para la causa liberal de mi país, que, por lo visto, ni he llegado á merecer el recuerdo de un diputado liberal, ni, como escritor, he sabido ganarme una protesta de la Prensa. Y siendo así... ¿á qué abrir una campaña en la cual, más que neraldo de una causa trascendental, aparecería como sujeto ridículo, bailando al son de la pandereta vaticana, divirtiendo al público callejero? ¿Qué importa al honor de mi matrimonio, la sentencia de ilegitimidad de un tribunal movido por manos que no se atreven á asomar al público, é invocando leyes tachadas de ilegítimas en su país? ¿Qué importará á la dignidad de los míos, una sentencia que los ministros y embajadores no se atreverán á clavar en las colgaduras de sus palacios, y que reputarán como insufrible agravio que yo fije en las esquinas de su barrio el ejemplar de la *Gaceta* que la publique?...

Por estas y otras razones adopté el papel pasivo, en el cual me confirmé al ver que este maravilloso silencio español continuaba á pesar de que en la Prensa

extranjera se señalase á la execración pública el *Nuevo escándalo en España*, según lo intituló *Le Siècle*, de París, y se publicasen artículos tan vehementes como los de William Heaford en *The Freebinker*, de Londres, invitando al librepensamiento internacional á tomar medidas para impedir la ejecución del atentado, ó para vengar adecuadamente su ejecución, si no se impedía. Estas voces alarmantes de fuera no tuvieron el menor eco dentro de España; y, pues yo veía el honor de mi matrimonio entregado por la indiferencia española al ludibrio clerical, hube de reaccionar, relajando este ludibrio y aquella indiferencia al desprecio de mi conciencia para no decaer de mi propia estimación, y al desprecio del mundo que se siente ofendido conmigo y conmigo lesionado.

He aquí razones suficiente y sobradas del acre artículo de *El País* del día 6 de Febrero, fijando mi actitud enfrente de la inminente sentencia del Tribunal Supremo, expulsándome de la legalidad española, y acusando francamente de este atropello humano el concordato de las cuatro potestades nacionales constituidas: Vaticano, Monarquía, Prensa y Cortes.

El País, con el comentario que puso á la noticia del hecho y con la publicación de aquel artículo, me trajo la primera prueba de no ser universal la indiferencia española. *El Radical* del día 15, sumóse á la protesta de aquel colega, mediante un artículo vibrante, donde se reconoce como «tremenda y odiosa injusticia» el pleito fiscal, como inminente é inevitable la sentencia *ad nutum Pontificis*; como culpable de todo ello la falta de «acuerdo de toda la Prensa liberal», y como injustificada mi acusación á todos los anticlericales profesionales. Además, el artículo contiene cierta acusación de melindrosidad en mis actitudes, en estos términos:

«Tan tremenda y odiosa injusticia como la que sufre el Sr. Pey, caso poco frecuente, la aguantan muchísimos infelices que van á las filas por estar exceptuados los frailes; la padecen tantísimos escritores, periodistas y oradores, víctimas de arbitrarias interpretaciones de las leyes y víctimas también las empresas periodísticas, ¡víctimas tantas honradas gentes! ¡Qué incalculables perjuicios, cuántas lágrimas, cuántos hogares deshechos, cuánta miseria y dolor á causa de la injusticia entronizada por el catolicismo dominante!

«El Sr. Pey es una víctima más; pero hay otras cuyas desdichas son mayores y aún más irritantes y vergonzosas. ¡Qué fortuna la de ser español!»

Si el artículo fuese de autor desconocido, desde luego anunciaría á la dirección del estimado colega, que había sido víctima de una insidia clerical; porque, en resumen de cuentas, el lector saca en conclusión que esta injusticia, tremenda y odiosa en sí, nada ofrece de particular en este país; y, lejos de merecer un combate especial, fuera injusticia, con respecto á las «desdichas mayores y más irritantes», el irritarse por esta que es menor y menos irritante.

No sólo esto, sino que se absuelve del pecado del silencio á la Prensa chica,

por ser inútiles sus campañas aisladas; y á la Prensa grande, por ser campaña de aquellas que, ó las hacen todos ó no las hace nadie.

Si el artículo llevase la firma de José Sarto, diría que rezuman en él las máximas: «el uno por el otro la casa sin barrer», quinta esencia de la política gregaria; el «no es nada; un soldado muerto; puede el baile continuar», esencia de los organismos sin nervios sociales, y el «todos matamos á Meco», con que Montero Ríos sarcastizó la muerte de doscientos mil españoles en Cuba y Filipinas, ninguno de los cuales debió ser hijo del Meñistófeles conservador.

Pero, ¡no! La firma del artículo lleva la inicial de Ferrándiz, cuyo nombre de por sí ahuyenta toda sospecha de insidia. Por esto, si algo se lee en el artículo, redundante en favor del clericalismo, ha de ser por equivocación del lector, en cuyo caso yo confieso la mía previamente, ó por error de pluma que con igual generosidad confesaría mi excelente amigo, que sin duda, aclarará estos conceptos.

Fuera de esta confusión, aparece en el artículo cierta desesperante convicción de impotencia de los «fagots» militantes, según el autor dice; convicción que no comparto y que combato en mí mismo y en los demás.

¿Acaso se necesitan Napoleones ó los ejércitos de Xerxes para atajar el paso á la «injusticia»? ¿Acaso no hay en España individuo capaz de hacer entrar en acuerdo á la Prensa desacordada? ¿Es que ya no hay un hombre que se sienta tal, enfrente del ejército de capones vaticanos? ¿Acaso el león español se ha acobardado al presentarse el gato de Huesca, símbolo perfecto del clericalismo entronizado?

Para desvanecer estos errores y obrar en consecuencia, tomé la pluma vacilante al comenzar á escribir y vacilante ahora en publicar este escrito. Por si acaso decidiese rogar su inserción en *El País*, voy á ponerle término, declarando lealmente que sería faltar al respeto debido á mi hogar, el convertir en plataforma de exhibición mi matrimonio, como sería falta de conciencia varonil el abandonar al chisme del arroyo. Con estas miras y límites debo defenderlo y guarecerlo.

Con esta declaración, pregunto á quienes quieran responder:

¿Interesa ó no al liberalismo español este pleito?

En caso afirmativo, ¡á librar la batalla, á pecho descubiertol Yo juro mantener enhiesta, hasta caer arrrollado, la bandera clavada en el reducto por asalto, y aun profetizo la expulsión completa del vaticanismo, con sólo que los profesionales del liberalismo (no se estire la frase universalizándola ni se encoja con excepciones enojosas), con sólo que «los profesionales del liberalismo cumplan medianamente su deber».

Si no interesa... ¿á qué hablar más? Para este caso me apropio las palabras del amigo Ferrándiz, aplicándolas á esta

pregunta; ¿qué importa «una injusticia y vergüenza más» al impúdico liberalismo español, que aguanta «tantísimas desdichas... tan tremendas y odiosas... y aún más irritantes y vergonzosas...» todas las cuales, juntas ni separadas, logran herir la dignidad liberal, ni irritar sus nervios, ni excitar sus odios, ni estremecer su cachaza, ni llenar el vaso de su inagotable paciencia? ¿Qué importará tanta desdicha, etcétera, á los «profesionales del liberalismo», cuando, sabiendo que con sólo un acuerdo suyo se derrumbaría el castillo de iniquidad, tienen tiempo para todo menos para ponerse de acuerdo, ni los diputados entre sí, ni la Prensa grande con la chica, ni siquiera toda la Prensa republicana?

Más fácil que recabar ese acuerdo para mi caso; más práctico que gastar tiempo, papel y tinta en quejas y rugidos á la moda de Joaquín Costa, tan inicua y despreciable en vida como ensalzado en muerte, para que una iniquidad eleve la otra; mejor que trabajar para hacer ver, oír, hablar y moverse á los ciegos, sordos, mudos y castrados voluntarios; más rápido que la empresa de curar á los liberales españoles de esta impotencia imaginaria; más y mejor y más cómodo para mí, será preparar la maleta y billete hacia la frontera, esperando allí la notificación de la sentencia definitiva que me expulse de la legalidad española, invitando á Europa á responder con un corte de mangas declarando la legalidad española expulsada de la legalidad humana.

Y á las soflamas de la monserga liberal de los «profesionales», de aquende los Pirineos, la sentencia y estos artículos harán eco en los Alpes y Apeninos, diciendo:

«Lo f a i e, un liberal y un anticlerical en el coro, en España hacen na fraile solo.»

Todos ellos concordados con el Padre Santo. Y para poder hacer efectivo este concordato con disimulo, concuerdan el desacuerdo entre ellos. ¡Todo concordato: acuerdos y desacuerdos! Todo... concordato, y todos cantando al unísono:

Vaticano, monarquía y liberales en el coro, una España frailuna y sin decoro...

Y ahora, las excepciones háganlas los interesados... si hay quien tenga interés en serlo. Ningún republicano perderá su voto con ello; ningún anticlerical infundirá sospechas con sumarse á las excepciones.

¿Interesá? ¡Al arma!

¿No interesá?... ¡Adiós, lectores, y que ustedes lo pasen clericalmente!

S. PEY ORDEIX

El País.

EL CASAMIENTO DEL SR. PEY

¿Se elevará á cuestión magna?

Un hecho, al parecer insignificante, parece que va tomando el cariz de causa de una cuestión gravísima, poco tratada aquí, porque de intento se huye de ella, como que constituye para la Restauración un

gran desdoro, y para sus estadistas, que se llaman liberales, una vergüenza mundial.

El asunto este, espinosísimo y esquinado, es la constitución de la familia confiada á la Iglesia. Esta definición entraña el abismo tremendo, el semillero de cuestiones interminables, de lo que ha hecho la Iglesia con el matrimonio, cuya monopolización logró acaparar desde la Edad Media.

Hoy, sin embargo, materias en otro tiempo tan escabrosas, problemas capaces de aterrar á los más sabios y audaces, han quedado reducidas á mero postulado jurídico, bastante fácil de resolver. Mas su obvia solución exige divorciarse de la teocracia, que no de la Iglesia católica, y de ahí que lo muy hacedero en cualquiera parte sea todavía en España, en la España tonta y abyecta de la Restauración, algo más que un problema tremebundo, toda una selva intrincadísima de dificultades sobre abismos insondables.

Leyendo la oscura y laberíntica obra de derecho internacional del ultramontano, semi alonsino, semi carlista. Sr. Conde y Luque, mi amigo, se puede adquirir e con vencimiento de esta verdad. En lo tocante á lo internacional del matrimonio, el citado señor escribe como el que anda sobre ascuas ó sobre huevos, cohibido, lleno de miedo, vacilante, siempre con circunquios, atenuantes y evasivas, para librarse de declarar rotundamente la verdad que le bulle en la cabeza y es ésta:

«Ya tenemos universalmente admitido que todo casamiento realizado conforme á las leyes del país en que se contrajo sea legal y válido en todos los países del mundo...; en todos, pero no en España, única á ignominiosa excepción en el planeta de pueblo que no es libre, de Estado que no es autónomo ó «sui juris»; que vive mediatizado, sometido á un extraño poder extranjero, que lo mantiene fuera del concierto de los pueblos cultos y considerado por éstos entre los semi-salvajes.»

El Sr. Conde y Luque sabe que es opinión unánime de la diplomacia universal que con España no se puede tratar; que no cumple ella los pactos, ó los denuncia, ó hay que denunciárselos por incumplimiento, ya que no observa más que aquello que el Papa le permite; hay que contar antes con el beneplácito de ese señor, impotente donde quiera, omnipotente en España, nación menor de edad, eterna pupilera sujeta á la más vergonzosa tutela.

Tal es nuestra situación ante el mundo, por obra de la fonsería imperante.

Y á vuelta de infinitos rodeos y habilidades, después de todo inútiles, que hacen su libro por demás indigesto, llega á esta conclusión respecto del casamiento de un clérigo ó de un conventual, celebrado legalmente en el extranjero: «Matrimonio semejante, nunca sería reconocido en España.»

Este es el caso del Sr. Pey Ordeix, el que va á ser causa, según indicios, de que mucho se hable y se discuta sobre dicho estado anómalo de cosas y al fin sea puesta sobre el tapete la cuestión magna de derecho: si la Iglesia tiene ó no poderes propios para constituir y regular la familia cristiana, y téngalos ó le falten, si ha procreado con probidad en su uso.

Insisto en que todo esto ya no es cuestión en los pueblos libres: está fuera de duda que la Iglesia jamás recibió de Dios, de Cristo, ni de nadie poderes para formar

la familia; los que ha ejercido de un modo desastroso y abominable viniéronle por delegación, revocable á cualquiera hora, del poder civil.

Acerca de este asunto jurídico, teológico é histórico á la vez, me cabe la gloria, el Sr. Pey no lo ignora, la gloria, sí, y lo digo yo con la más hermosa inmodestia, de haber sido el primero en España que en el libro «El sacramento espúreo», dos veces agotado, ha dicho y ha demostrado toda la verdad, ha hablado sin eufemismos, ni evasivas, ni respetos, brutalmente, limpiamente, sobre el abuso de la Iglesia en el matrimonio.

Allí constan censuras terminantes y execraciones enérgicas contra los liberales españoles, sin exceptuar, ni mucho menos, á los revolucionarios «pour rire» que aquí se usan y son, lo digo también ahora, el no hay más allá de lo despreciable por negocios é ignorantes, por ineptos, por rutinarios, por tímidos ante la Iglesia, por brazagas y mandrias ante sus mujeres, y así han procedido, siempre bajunos, traidores á su conciencia y á la Patria, cortesanos rastreros, esclavos más ó menos conscientes de la monarquía y del sacerdocio.

A mí, pues, no me duelen prendas; además, estoy bien documentado para tratar de nuevo esta, aquí pavorosa, cuestión con toda la claridad, independencia y decisión necesarias para decir y evidenciar verdaderos horrores de la explotación más indigna y a-queante, hecha sobre la familia por la teocracia, que la ha envilecido, la ha perturbado hondamente, la ha desmoralizado, en vez de santificarla como aparenta, y la hace objeto de un tráfico parecido al de los negreros, á la sombra de una pseudo ética la más inmoral y repugnante.

En suma, que si á la teocracia romana debemos el ser una excepción poco envidiable en el mundo, y por su culpa queda lesionado el derecho internacional tanto como el natural, por ella también la constitución de la familia dentro de nuestro territorio está enormemente dificultada por impedimentos arbitrarios, por tributos onerosos é injustos, por teorías absurdas insostenibles y por la práctica viciosa y venal de unos mal llamados tribunales eclesiásticos, portento de corrupción y de avaricia.

¿Hemos de llegar ahí? La guerra estúpida que desde las regiones oficiales se hace á la legalidad del matrimonio del Sr. Pey (y lo mismo si se tratara de otro sacerdote ó fraile ó monja cualquiera; la persona es aquí lo de menos), ¿va á ser motivo de que los socialistas de aquí y de fuera de aquí salgan á la palestra, como lo han prometido, y azucen la apatía de los republicanos, de sus periódicos y de los demócratas más ó menos liberales?

Voy creyendo que sí, y me preparo, sé palo el Sr. Pey, sépanlo esos estimables socialistas: aquí se van á saber verdades horribles; habrá que desnudar á la teocracia romana; descubriremos los motivos que la impulsan á proceder como lo hace, pondremos en la picota á los liberales traidores á la libertad, á los juristas predicadores del derecho, al divino Verbo, en una palabra, y lo que fuere luego ya sonará, lo mismo si los colegas afines y los parlamentarios nos ayudan, que si continúan en su cómoda indiferencia; la cuestión ha de llegar...

Lo que antecede me sugiere el artículo

del Sr. Pey en *El País*, con el que estoy conforme, manteniendo cuanto contenía el mío á que alude. Ya hablaremos de ese incidente secundario; lo principal es lo tocante á la legitimidad de ese matrimonio ó de otros iguales, á la ignominia que con motivo de él y por culpa del Vaticano y de los liberales alfonseros nos espera ante el mundo civilizado.

JOSE FERRANDIZ

El Radical.

EL NEO

Buffon no pudo clasificar la alimaña llamada por la sociedad moderna el neo. Mas como es digna de figurar en la historia natural, vamos á describirla.

Su corteza externa es negra como la de los coleópteros (escarabajos peloteros), y como este repugnante insecto, arrastra la basura en que trabaja, caminando hacia atrás. Su repulsivo aspecto levanta el estómago.

Tiene ese asqueroso animalejo la sangre blanca y fría, como todos los de su especie, y el corazón con una sola cavidad; pero en cambio su estómago es doble como el de los rumiantes, y tiene sacas bucales como los papiones. Estas cualidades le obligan á comer de un modo superior al de las serpientes, si bien á diario, por efecto de sus extraordinarias fuerzas digestivas.

Sus cuatro patas están provistas de ganchos y papilas, por cuyas extremidades desprende un jugo viscoso que le permite, no sólo agarrarse hasta en la tersa superficie de la honra, sino apoderarse de todo aquello que le hace falta ó desea.

Los tentáculos que adornan su frontispicio despiden un olor tal, que respirado por el ser humano, y en particular por los educados en la escuela de la hipocresía, los desvanece.

Con estas condiciones materiales y la falta de pudor y dignidad como ente moral, los males que causa son terribles.

Adulador y bajo, rastrero y atrevido, va manchando con su asquerosa y nauseabunda baba cuando toca y hasta cuanto mira.

En el hogar doméstico hace de serpiente del paraíso; catequiza al débil, se humilla y se arrastra ante el fuerte, y clava el puñal envenenado del deshonor en el corazón de aquel á quien ofreció su amistad.

En política es tan vil y tan cobarde como en el secreto de la familia: besa manos que quisiera ver cortadas, no levanta los ojos del suelo, ni sus labios despiden más que mieles que amasa con sutil veneno que produce sus efectos en plazo determinado.

Su ambición no tiene límites, su codicia tampoco: la usura le enamora, y la miseria que produce es la mayor de las alegrías que experimenta su alma torpe y menguada. Un niño que llora de hambre ó de frío, una pobre viuda enferma y andrajosa le llenan el alma de placer, y en-

tonces, y sólo entonces, sonríe con satisfacción.

Como religioso es aún mil veces peor; no cree en nada y aparenta creerlo todo: la religión es el arma principal de que se vale para cometer sus crímenes y sus iniquidades. Con tan poderosa arma hiere al católico y al protestante; pero nunca cara á cara.

La mentira es el alimento de su vida intelectual: la verdad jamás aparece en sus labios ni el carmín de la vergüenza en sus mejillas.

Odia á la humanidad y procura su exterminio; y lo mismo en los alcázares que en las chozas, exparte la semilla del mal é introduce la cizaña.

Mal hijo, no honra á sus padres; mal padre, enseña á sus hijos en la escuela de las miserias en que se baña como la sultana entre perfumes.

Y ahora digan nuestros lectores:

¿En qué sitio de la escala zoológica puede colocarse á tan miserable animalucho? No lo sabemos, pues hasta entre los reptiles lo juzgamos favorecido.

L. D.

EL HOMENAJE A NAKENS

Dice *Ideal* de Zaragoza:

«Copiamos de nuestro querido colega *El País*, refiriéndose al homenaje dedicado á D. José.

«Lo inició el *Ideal* de Zaragoza, que dirige el Sr. Palomar, periodista eximio y excelente republicano.

(Aquí hallarán nuestros lectores un error, debido á la pluma del Sr. Castrovido).

El buen éxito de esta noble idea ha sido grande. Las adhesiones muchas y valiosas. De haberse realizado el homenaje hubiese excedido á las esperanzas de sus iniciadores.

No se realiza, por la oposición de Nakens, que ha preferido «La Cruz Roja Republicana», que marcha bien.

Ideal puso en manos del director de *El País* la decisión. Es un honor que estimamos mucho. Repetimos lo que hemos contestado particularmente: no hay otro remedio que desistir. Nakens es irreductible. Le honra la repulsa tanto cuanto á *Ideal* la iniciativa.

Nakens da por terminado el asunto en estas líneas dedicadas á *Ideal*:

(Copia aquí el artículo que dirigí á mis queridos compañeros del semanario de Zaragoza.)

Y á continuación dice el querido semanario zaragozano:

«Después de lo transcrito, ¿qué debemos nosotros hacer é indicar que hagan las publicaciones que abrieron suscripción, los correligionarios que deseaban contribuir al homenaje?

Das cosas: todos cuantos hicieron donación de cantidad con destino á aquel, deberán ingresarla en «La Cruz Roja Republicana»; y quienes hubiesen tenido

idea de enviar alguna suma para el acto proyectado, que la envíen á los periódicos, á los Círculos republicanos, ó directamente al Sr. Nakens, para llegar á constituir la noble institución creada por el venerable abuelo y queridísimo don José.

Nada más. Hemos terminado nuestra misión. Valgan las bonisimas intenciones que nos guiaron para rendir pleitesía á la vida ejemplar de un hombre que vale por una generación de hombres fuertes, y abrazándole cariñoso, tiernamente, sólo debemos decirle:

—Que durante muchos años le tengamos en nuestra compañía de la vida, para ejemplo de jóvenes, admiración de viejos, cariño de todos y temor de los enemigos de la Libertad.

*
**

Continuaremos recibiendo sumas destinadas á «La Cruz Roja Republicana».

Y ahora que ha quedado definitivamente terminado este asunto, las gracias nuevamente á todos.

Para que en su casa lo dejaran tranquilo, un librepensador consintió en que su hijo fuera bautizado, y aun lo llevó él mismo á la iglesia.

—¿Qué nombre quiere usted ponerle al niño?

—Burro.

—¡Burro! ¿Qué dice usted? ¡Burro! Ese es el nombre de un animal y no el de un santo.

—Permítame, señor cura: ustedes han tenido Leones papas, y los leones también son animales. Y si un león puede ser papa, un burro bien puede ser bautizado por lo menos.

La lámina de hoy

Igualdad ante la muerte

¡Qué orgulloso va el muerto, tendido cómodamente en elegantísimo féretro colocado en soberbia carroza, estilo jónico, de la que tiran ocho briosos caballos ricamente guarnecidos y empenachados! Deseando está llegar al cementerio para que rabien de envidia los dexás.

¡Quién le hubiera dicho al chicuelo desarrapado que el año 1837 entró en Madrid con seis cuartos y los zapatos rotos, que hablan de enterrarle tan suntuosamente!

El, á decir verdad, comprendió á tiempo que el dinero lo es todo, y dedicóse á adquirirlo honradamente, ora estafando en la medida, ora robando en el peso; ya acaparando con infamia y especulando sin conciencia, ya vendiendo negros en Cuba y comprando blancos en la Península; hoy aprovechándose de la penuria del Tesoro público para prestrarle patrióticamente á un rédito exorbitante, mañana contratando el suministro de víveres podridos al Ejército liberal... No, no se

puede negar, sin cometer una injusticia que el hombre trabajó mucho.

Un título nobiliario vino á cubrir más tarde su vulgar apellido, como los guantes hablan ocultado sus groseras manos, prodigiosamente desarrolladas merced á la gimnasia que hicieron desvalijando á dos generaciones, y nuestro héroe pudo decir con razón que la honradez no es una palabra vana.

Escrupuloso de conciencia como el que más, dedicóse á proteger al clero, cuyos bienes había comprado, y no existió junta, cofradía ni asociación á que él no perteneciera, ni lista de donativos al Papa en que no figurase, ni novena á que no concurriese; todo esto sazonado en los intermedios con frecuentes visitas á los conventos de monjas y con alguno que otro chico en la Inclusa.

Enemigo acérrimo del pueblo, esa canalla, como él decía graciosamente, suspiró en sus últimos años por un régimen paternal y bienhechor que deportara, fusilase y ahorcara diariamente á unos cuantos de sus representantes; caritativos y nobles ideas que hallaban eco en todos los oratorios y sacristías.

Como, desgraciadamente, la Parca no se deja sobornar por dinero, sintióse acometido de un cólico terrible al día siguiente de comer con un obispo, y llamando á un notario, hizo un testamento en que salió bien librada la Iglesia, para desmentir una vez más á los que dicen que lo mal ganso se lo lleva el diablo; confesó y comulgó con gran recogimiento, y murió con esa tranquilidad del justo que deja á su familia en buena posición, y no tiene por tanto que arrepentirse de sus actos en la tierra.

Y ahí lo veis, camino del cementerio, escoltado por lo más florido de la clerecía, que se ha puesto de gala, y que entona por su alma cánticos sublimes, eco fiel de los que en el cielo resonarán á su llegada, pues de seguro están ya de par en par sus puertas para recibir al hombre virtuoso á quien la Iglesia despide de este valle de lágrimas con tantas oraciones, tantas cruces, tantas mangas, tanta agua bendita, tanto incienso...

Y si no fuera así, ó por una equivocación lo destinasen al Purgatorio, ¿qué importaría? A fuerza de misas y respuestas y plegarias, pues para todo ha dejado, la eterna justicia volvería sobre su acuerdo, San Pedro se apresuraría á abrirle la puerta y entraría á ocupar el sitio que le corresponde entre los bienaventurados y los elegidos.

Mirad bien á los curas, vosotros los que os propasais á tacharlos de poco celosos en el cumplimiento de sus deberes; miradlos bien: ¡qué voces! ¡qué emulación! ¡cuánta piedad! Avergüenzaos de haber movido vuestras lenguas pecadoras en daño de los santos ministros de un Dios para quien no hay en teoría pobres ni ricos, grandes ni pequeños, sino justos y pecadores.

Una y mil veces sea bendita la religión que hizo iguales á todos los hombres, rompiendo la valla que separaba al

señor del siervo, al humilde del potentado; ¡un millón y mil millones de veces alabada y ensalzada la Iglesia ante la cual no hay prerrogativas ni privilegios!

No los hay, no.

El que vaya aquel otro cadáver sin más acompañamiento que un perro, no desmiente mi afirmación.

No sé á quién pertenece, más de seguro que no ha dejado ni dos reales para mandar rezar, no digo á los curas, ni á un ciego.

¡Necio como él! ¡Y querrá que le saquen del Purgatorio!

J. N.

Herejías

Pronto hace tres años que un periodista ruso me hizo el honor de visitarme en demanda de auxilio para conocer las cosas de España. El hombre, que leía bien el castellano, acaso vió «mi firma» en un gran diario y á mí se dirigió en Madrid no como personaje—¡qué horror!—sino como compañero capaz de orientarle y hasta de explicarle ciertos fenómenos un tanto complejos.

—Amigo mío—me dijo en limpio francés—ante todo llama mi atención un fenómeno estupendo, inaudito, único, verdaderamente inconcebible, y como usted no es político militante y, por tanto, no sometido á disciplina, espero me dé la clave de él. Se trata de algo que para mí no tiene sentido común, tal vez porque aún no lo he bien el castellano.

—Hable usted y pregunte, que aquí estoy para explicarle lo que no entienda—dije con el tono de suficiencia que pedían las circunstancias.

—Hace poco socialistas y republicanos se unieron ó «conjuncionaron» para hacer la revolución, ¿no es así? ¿O entendí mal?

—En efecto; para eso hicieron la conjunción.

—Perfectamente. Mas ¿qué objeto puede tener esa revolución que van á hacer? Me explico que en Rusia...

—Es que...

—No me interrumpa ni me conteste hasta que yo se lo pida, que luego de formuladas mis dudas le oiré todas las horas que quiera. ¡Si no deseo otra cosa! Me explico esa revolución en Rusia, en mi patria; hasta me la explico en Bélgica, en Italia, en Alemania, en Hungría, en la misma Inglaterra, en todos aquellos países donde se carece de un régimen democrático, donde el derecho electoral aun está limitado y cohibido, pero en España... ¿Es que la revolución que preparan republicanos y socialistas es social y no política?

—Revolución política; destrucción de los obstáculos tradicionales—repliqué ahuecando la voz y tosiendo, exactamente lo mismo que cualquier personaje.

—¿Política? Muy bien, mas ¿para qué, amigo mío?

—Pues para eso, para destruir los obstáculos tradicionales—y por si no me había entendido repetí esta categórica, definitiva y concluyente respuesta en un francés bastante malo, tan malo como el que pueda usar el Sr. Montero Ríos, por ejemplo.

—Sí, sí; ya leí eso de los obstáculos tra-

dicionales, y eso es justamente lo que no entiendo. Conozco las leyes políticas de este país; sé que tienen ustedes sufragio universal como no lo hay ni en Inglaterra, derecho de reunión, de manifestación, de asociación, libertad relativa de imprenta sin previa censura, jurado, leyes de enjuiciamiento, y por lo que leí, lo que oí y lo que ví, las costumbres son en España verdaderamente democráticas. ¿Por qué pues la revolución? ¿Acaso esos derechos no son el instrumento poderoso, invencible de una transformación?

—Es que...

—Déjeme seguir. Hablé ya con personas de distintos partidos; conozco algo la prensa española, y de todo ello deduzco que aquí la opinión, la gran masa de opinión, la inmensa mayoría del país es democrática, republicana, socialista y hasta si no me equivoco, lo más considerable y orgánico del poderoso movimiento sindical está en manos de los socialistas conjuncionados para hacer la revolución. Y si existen todos esos derechos—y ello es innegable—y si la masa es republicana en su mayor parte, en inmensa mayoría, ó con la República simpatiza, ¿cómo no se utilizan los derechos para cambiar de régimen? El asunto me parece sencillo. Además recuerdo que en unas elecciones legislativas, Cataluña toda votó por unos ideales—que no discuto—é hizo que triunfarán sin excepción los representantes de ellos; ahora le escucho con la mayor atención.

—En primer lugar, el sufragio es una mentira. Los gobiernos falsean la voluntad electoral é impiden con mil trampas, ardidés y coacciones la expresión de la voluntad del elector.

—En efecto, algo leí y algo oí de eso; mas permita que le recuerde el ejemplo de Cataluña votando por la Solidaridad. Y aunque ese ejemplo no existiera ¿tan formidable es el poder de los gobiernos que puede ahogar la voz de los ciudadanos? El hecho que usted aduce, y que reconozco, sólo tiene una explicación, y es que no existe opinión, ó que ésta se manifieste tíbiamente, es decir, que la opinión es débil.

Hablaba el ruso un lenguaje que concor daba con añejas convicciones ó nociones mías, y dejé todo fingimiento.

—Pues eso es, señor mío. Aquí no hay opinión fuerte y robusta; aquí no hay partidos políticos que sepan arrastrar á las masas; aquí los derechos se ven cohibidos porque no prodigamos su ejercicio; aquí todos los partidos, sin excepción alguna, en vez de realizar una cruzada generosa, abnegada, redentora de elevación cívica, de cultura ciudadana, van á tener representantes en los cuerpos electivos mediante recursos que en vez de purificar el derecho le envilecen. Aquí, querido colega, hay opinión, es posible que la haya, mas ella va por un lado y los personajes por otro, y jamás se entienden. ¿Que pueden entenderse? Cataluña votando por los Solidarios lo dice. Pero como ni los partidos ni sus prohombres se acercan al pueblo para saber sus anhelos y para concretarlos, de ahí el divorcio, la separación, de ahí los males que lamentamos, de ahí que la política toda sea una comedia.

—Entonces usted cree que hace falta la revolución.

—Estimado compañero, yo no creo nada. Yo pienso que mientras los políticos sean como son, esto no tiene remedio. Y usted

perdone que no haya resuelto sus dudas; pero yo no sé más...

J. J. MORATO

Un romántico

Pues señor, hará como ocho ó nueve años, la Cámara de Comercio abrió una información oral acerca del problema de las subsistencias, y pensando que el «Juan Cualquiera» autor de estos «mal trazados renglones» podía llenar un hueco y aportar algún dato, le invité á informar.

Aceptó el pobre diablo la invitación y perjeñó un informe que acuso no sea mejor, pero que desde luego no es peor ni mucho menos que los de personajes que pasan por lumberas, que fueron ministros, que acaso lo son y que, por hablar de corrido y «accionar» con arte, si no entraron ya, entrarán un día de estos en la Academia Española.

En un informe de esta índole parece que ha de hablarse de precios, de la relación de ellos con los de otros países, de consumos, de aranceles, de jornales, del incremento de los precios en determinado número de años, etc., etc., y eso hizo el «José Nadie» que firma...

Pues señor, la tarde estaba fría, y como durante ella estalló una crisis ministerial, pues con tal motivo un ex ministro conservador que era ya liberal, ó liberal que era ya conservador, antiguo progresista ó acaso moderado, acudió á la Cámara de Comercio para matar el tiempo.

Informó también el ex ministro, ¿cómo no?

—No hay más remedio, D. Fulano, tiene usted que ilustrarnos.

—Imposible; vine por casualidad. Otro día.

—Nada, nada; ha de ser ahora; usted no necesita preparación.

—Me ponen ustedes en un compromiso...

Y D. Fulano habló. Las uvas que en Bélgica maduran en estufas; las grandes cualidades de nuestra raza; el Siglo de Oro de la literatura Castellana, la España gloriosa, los estragos del pesimismo, nuestro glorioso porvenir, los Escipiones, las colonias griegas, y otras cosas no menos sublimes salieron á relucir, muy bellamente dichas, y gesticuladas con arte.

El narrador de esta historia, que jamás asistió á una sesión de los cuerpos colegisladores, que desconoce el sitio por donde se entra á las tribunas, únicos párrafos accesibles á su insignificancia, por natural cortesía escuchaba la oración del ex ministro liberal ó conservador, ó progresista, ó moderado, ó las cuatro cosas, y sin duda dejó escapar algún gesto poco parlamentario. Ello es que en el rostro de D. Fulano se dibujó una sonrisa á un tiempo de superioridad, de humildad y de conmiseración para el preopinante, y dijo poco más ó menos:

«Perdonadme, señores, si la natural vehemencia de mis idealismos me aleja del tema; al revés de mi antecesor en es-

ta tribuna, yo soy un espíritu romántico...»

El «antecesor», para malvivir, tuvo que trabajar como una bestia desde los doce años, tiene que trabajar hoy, y tendrá que trabajar hasta el fin de su vida, y para él el mayor anhelo de bienestar material estriba en cerrar la semana ó el mes, no con sobrante, sino sin déficit en el presupuesto. Además, adoptó unas ideas siendo adolescente, y permanece fiel á ellas.

El idealista, el espíritu romántico, entró en la política sin una peseta, y tenía entonces y tiene ahora el riñón bien cubierto, y colocados á los hijos en puestos espléndidamente retribuidos y de poco trabajo, y en camino de ser directores generales, subsecretarios y ministros.

El «positivista», el que habló de precios, que no es más bruto, ni más ignorante que muchos políticos y que bastantes ministros y ex ministros, acaso por excesivo afán de las cosas materiales, no habla sabido crearse lo que llaman «una posición». Al espíritu romántico, al «etéreo» idealista, menospreciando las cosas viles y materiales, le había ocurrido precisamente todo lo contrario...

¿Que á qué viene esto?

Pues á nada, lector discreto.

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

La libertad de cultos

Carta que el conde de Montalembert escribió al Sr. Barcaiztegui en los primeros tiempos de la revolución del 68, cuando todos los reaccionarios de España se escandalizaban de que se hubiese establecido la libertad:

«La Roche de Breny (Côte d'or) 10 de Diciembre de 1868.

Mi estimado Sr. Barcaiztegui: Profundamente afectado me tiene la prueba de confianza con que me honráis, y á pesar de la fatiga que me produce el menor esfuerzo, en el tristísimo estado en que me hallo, voy á contestaros con la franqueza y la decisión que tengo por costumbre y que vos tanto merecéis.

Me es absolutamente imposible comprender por qué tienen tanto miedo á la libertad de cultos los católicos españoles. No acierto á ver en eso más que una consecuencia de ese fatal amor á la unidad absoluta en el orden político, producto de la autocracia monárquica, de que ha sido víctima España por espacio de tres siglos; esta autocracia debiera ser aborrecida más que por otros, por el altivo ó independiente pueblo de esas provincias vascas, donde habéis tenido el honor insigne de nacer.

Sé bien que para la mayor parte de los que piden la libertad de cultos, ésta significa la de no tener ninguno y la de vejar y oprimir el culto católico. Pero también sé que el espectáculo de dos mundos está ahí para probar que la libertad de cultos, ó para darle su verdadero nombre, «la libertad religiosa», es el principal recurso de la religión católica en la sociedad moderna.

¿No se debe á la libertad religiosa el que el catolicismo haya reconquistado y gane cada día una posición reconocida y pro-

gresivamente sólida en América, en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, en Alemania y en todo el Oriente? ¿No es cierto que rechazando esa libertad y proclamando como vuestros absolutistas «la unidad religiosa» es como Rusia ha concluido por extirpar la verdadera Iglesia y la verdadera fe en su vasto imperio? ¿Es que en Francia desde 1789, época de la libertad de cultos irrevocablemente conquistada, el catolicismo ha perdido algo? ¿No es, por el contrario, el episcopado infinitamente más respetable, el clero más ferviente y disciplinado y hasta los fieles cien veces más entusiastas y celosos que en el pasado siglo después de la revocación del Edicto de Nantes hasta el Edicto reparador y libertador de Luis XIV? Los pueblos en que la unidad religiosa ha sido mantenida por más tiempo, como en Italia, Austria y España, ¿no son precisamente los que ven más comprometida la independencia de la Iglesia aun hoy mismo, y también más amenazada por la reacción que esa misma unidad ha provocado?

Vosotros no sabéis nada sobre si habrá en el porvenir protestantes españoles, pero tenéis demasiados malos católicos que, como se ha visto, no quieren más que encadenar y despojar á la Iglesia. (Alusión á los moderados). Estos son los que deberían rechazar la libertad religiosa, porque la unidad jamás les ha impedido ni les impedirá, al contrario, les sirve de máscara é instrumento de sus designios sacrílegos como les sucedió á todos los tiranos, desde Felipe el Hermoso á Napoleón.

Escoged: de un lado se os ofrece la libertad de cultos con estos sus corolarios inevitables, libertad de asociación y libertad de enseñanza; es decir, jesuítas con sus colegios, órdenes religiosas de hombres y de mujeres «con toda su gloriosa fecundidad como en Bélgica, en Inglaterra y aun en Francia.

Por el otro lado se os presenta la unidad religiosa, que no es sino una protección ficticia, estéril é irrisoria, compatible con un Carlos III y su conde de Aranda, ó con una Cristina y un Mendizábal que proscibieron y despojaron los institutos más preciosos de la Iglesia; hay que ser tres veces ciego, á mi juicio, para dudar.»

Añirna que los católicos deben aceptar sinceramente las libertades, «para sí y para los otros», y que la Iglesia no puede vivir en la holganza, sino luchando noblemente, y añade:

«Escuchad las palabras de San Columbano, cuya historia he escrito yo mismo, «Si suprimís al enemigo, suprimís la lucha; si suprimís la lucha, suprimís la corona; y si quitáis la libertad, quitáis la dignidad.» Esta no es la divisa «de vuestra aborrecible Inquisición», pero es la de los santos que convirtieron al mundo.

Notad, os ruego que no hay que confundir «la libertad religiosa con la separación de la Iglesia y del Estado»; ésta es una quimera, sobre todo en España y también en toda Europa. La libertad religiosa existe más ó menos adecuada en Francia, en Inglaterra y en Bélgica sin que la Iglesia esté separada del Estado. Enrique IV es el verdadero fundador de la libertad religiosa en el mundo, y seguramente nada estaba más lejos de sus ideas que la separación de la Iglesia y del Estado...

Los católicos españoles deberán imitar á los católicos franceses que entraron en las asambleas contribuyentes de 1848 y que por su buena fe y su adhesión á todas las libertades verdaderas y saludables que ga-

rantizaba la constitución republicana, obtuvieron las dos más grandes victorias del catolicismo moderno... la ley Falloux sobre la libertad de enseñanza, y la expedición militar que restituyó á Pío IX en sus estados. Hay que estar muy seguro de que, sosteniendo las ideas de «La Civiltà», L'Univers», y «El Pensamiento Español», ni los jesuítas habrían podido abrir un sólo colegio ni el Papa volver á Roma...»

CH. DE MONTALEMBERT

Por esto, por ser de la opinión de católico tan probado como el conde de Montalembert, no soy partidario de que se le conceda á la Iglesia ninguna clase de libertad.

«La Iglesia esclava, en el Estado libre,» esta es mi única fórmula, para evitar que, merced á esa libertad, trate de imponerse al Estado y apropiárselo todo.

Bibliografía

El atentado personal y los Jesuítas, por Fray Gerundio.—Un tomo de 368 páginas, 2 pesetas en rústica, 3 encuadernado.—T. Taberner, Editor.—Rosellón, 224.—Barcelona.

La notoriedad que gozan todas las obras de este distinguido escritor, por la índole especial de las mismas, y las vivas controversias que despiertan en todas partes, nos exime de intentar un reclamo acerca de este autor y de sus escritos.

Pero el libro *El atentado personal y los Jesuítas* que acaba de salir de su pluma, viril y erudita, es una obra de gran transcendencia social y de vital importancia por la tesis que sustenta y los sólidos argumentos con que la demuestra. La afirmación de que, el atentado personal era sólo un artículo de los programas ácrata y anarquista, había pasado, hace ya algunos años, á la categoría de axioma; pero Fray Gerundio nos demuestra en su libro que la doctrina y licitud del atentado personal es genuinamente católica, y de un modo especial defendida, preconizada y practicada por la Compañía de Jesús. El autor de esta obra originalísima, única en su género, pues nada similar se ha escrito en España ni en el extranjero, lleva la convicción al ánimo más refractario, no tomando sus argumentos del arsenal de los adversarios, sino de los mismos escritos de los teólogos, moralistas y escritores de la Compañía reproduciendo sus mismas palabras con tal abundancia de datos, con tal precisión de detalles, que la primera parte del libro resulta un perfecto estudio y guía bibliográficos del atentado personal. En los hechos históricos, aducidos como prueba, campea la mayor imparcialidad, una amenidad sugestiva y una copia de datos, tan nuevos, tan interesantes, que el asunto queda agotado. Con respecto á los testimonios históricos y á los valiosos documentos inéditos que aduce en apoyo de su tesis el autor, sólo podemos decir que constituyen un vasto arsenal de erudición histórica y doctrinal, á través de un inmenso dédalo de libros, archivos y manuscritos, todo ello unido á un estilo culto, claro y ameno.

Es libro que está llamado á ser muy discutido y del cual puede afirmarse que es, seguramente, de los que quedan, pues va bien provisto de pruebas.

EL MOTIN



Igualdad ante la muerte.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

	<i>Pesetas.</i>
<i>Suma anterior</i>	818'75
Francisco Martorell, 0'50.—Benigno Moreda, 0'50.—A. J., 1'00. (Los tres de Madrid)...	2'00
Manuel Galban, 1'00.—Juan Rodríguez, 0'50.—Francisco Marquez, 0'25.—Miguel Caballer 1'25. (Todos de Villafranca y Los Palacios).....	3'00
Ricardo Pérez, (Valladolid)...	1'00
P. D. M., (Vergara).....	10'00
Un admirador de Nakens, (Cádiz).....	2'00
José Cierco, (Barcelona).....	15'00
Felipe Navarro, (Velez Rubio). A. T., 1'00.—Andrés López, 0'50.—Rafael Carvajal, 0'25.—A. P., 0'50. (Todos de Cartagena).....	2'25
José Balaguero, (Agramunt).. Luis Perelló, (Idem).....	2'00
B. L., (Madrid).....	0'30
José Moraga, (Vilosell)..... C. R., 0'50.—Valentín Marquez, 0'50.—Tiburcio Estivill, 0'50.—Pedro Villarrubla, 0'50.—Pedro Botella, 0'50.—Antonio Olivella, 0'50.—Juan Villardell, 0'20.—Jaime Janot, 0'50.—Serafin Solé, 0'25.—Angel Martínez, 0'25. (Todos de Barcelona).....	4'20
Arturo González, (Velada)...	4'00
Antonio Gil, (Huesca).....	5'00
Juan Crespo, (Mayals).....	0'15
Francisco Serra, (Idem).....	0'15
N. C., (Vigo).....	1'00
Dámaso Sendarrubias, (Almodóvar del Campo).....	5'00
Ricardo Calvo, (Tarragona).. Pascual Cucarella, (Carcagente).....	3'75
Jaime Cebolla, (Corbera de Alcira).....	1'00
Juan Sainz Cartagena, 2'00.—Josefa Sainz Cartagena, 1'00.—Estanislao Sainz Iribertegui, 1'00.—Dos obreras entusiastas de D. José Nakens, 1'00. (Todos de Pamplona).....	5'00
V. M., 2'00.—José Aparicio 0'50.—Ricardo Aparicio, 0'50.—Julio Garrigos, 0'50.—José Aparicio Sanz, 1'00.—Vicente García, 0'10.—Bautista Alventosa, 0'25.—Rafael Domenech, 0'25.—Eduardo Saurina, 0'15.—Vicente Domenech, 0'10.—Emilio Domenech, 0'50.—Pedro Barberan, 1'00.—Josefa Pérez, 0'15.—Pedro Barberan, 0'50.—José Barberan, 1'00.—Vicente Pérez, 0'25. (Todos de Alcudia de Crespins).....	8'75
<i>Suma y sigue</i>	900'30

	<i>Suma anterior</i>	900'30
Francisco Aulés, (Madrid)...	5'00	
Tres librepensadores, (Utiel). Facundo Hernández, (Idem) . Salvador Llobart, (Sanet y Negrals)	0'90 0'50 2'70	
Un republicano anticlerical, (Bujalance).....	4'00	
Juan Benitez, 1'00.—Antonio Palomo, 0'30.—José Gallego, 0'50.—Antonio Avila 0'50.—Cristóbal Zoilo, 0'10.—Antonio Cebrián, 0'10. (Todos de Villanueva de la Concepción). Recibido de Adeje, (Las Palmas).....	2'50 1'00	
José Corbacho, (Valle de Santa Ana).....	1'05	
Anticco Alarcas, (Campo Criptana).....	2'00	
Félix Garganta, (Montenegro de Cameros).....	1'05	
José Trellés, (Algeciras)..... Luis Tobar, (Idem).....	5'00 1'00	
Antonio Merelo, (Valencia).. Pedro Nerecan, (San Sebastián).....	10'00 10'00	
I. Beneyto, (Madrid).....	5'00	
Federico Martínez, (Sanlúcar de Barrameda).....	2'00	
Segismundo Cebrián, (Ontur). José Bitria, (Albelda).....	5'00 1'00	
F. Valls, 0'50.—T. P., 0'50.—A. B. V., 0'50.—R. C., 0'50.—J. V., 0'50.—R. V., 0'50.—M. A. 0'50. (Todos de Ibi)...	3'50	
Jaime Poll, 5'00.—Valentin Costa, 1'00.—Bautista Montagut, 1'00.—Juan Catalá, 1'00.—Daniel Serres, 1'00. (Todos de Mora la Nueva).....	9'00	
Ricardo Aranda, (Játiva).....	2'50	
Pedro Verdaguer, 50 céntimos mensuales por diez meses, (Santa Coloma de Farnés) ..	5'00	
José Ferrer, 5'00.—Agustín Juan, 1'00.—Pevege, 2'00.—Joaquín Querol, 1'00.—José Ros, 1'00.—Esteban Gзнé, 3'00.—Colominas (hijo), 2'00.—Ramón Franquet, 1'00.—Varios republicanos y un jesuita, 3'50. (Todos de Barcelona) ..	19'50	
Gaoriel Marin, 1'07.—Manuel García Valenciano, 1'17.—Antonio Mayoralas, 1'99.—Francisco Diaz Cacho, 1'00.—Un aspirante á republicano, 1'07. (Todos de La Solana).....	6'30	
Andrés Maya, (San Sebastián de los Ballesteros).....	0'17	
Un Sanluqueño.....	0'50	
Manuel Bergé, (Barcelona) .. Facundo Sánchez, (Cheste) ..	1'00 0'15	
Consuelo Mondeja, (Idem) ..	0'10	
Román F. Sevillano, (Yecla) ..	2'70	
J. M. F., (Barcelona).....	0'50	
Ramón Tarragé, (Reus).....	2'00	
Tres tipógrafos de EL MOTIN, (Madrid).....	1'50	
<i>Suma y sigue</i>	1014'42	

	<i>Suma anterior</i>	1014'42
José María Muñoz Atero, 0'50. José Fernández, 0'50.—Manuel Fuentes, 0'25.—Manuel García, 0'25.—Agustín Pérez, 1'00.—Juan Molina, 0'25.—Manuel Cantos, 0'25.—Francisco Robles, 0'25.—Francisco Molina, 0'50.—Manuel Peña, 0'25.—Rafael Sánchez, 0'50.—Agustín Castro, 0'50.—José Ortego, 0'25.—Antonio Martín, 0,25.—Francisco Robles, 0'50.—Antonio Pérez, 0'50.—Manuel Cobos, 5'00. (Todos de Fuente Vaquerca).....	11'50	
Tomás Castaño, 2'00.—Pedro Suza, 2'00.—Juan M. Saldaña, 2'00.—Antonio Guillen; 1'50.—Fernando Gómez, 1'00.—(Todos de Lora del Río).....	8'50	
José Freire, 0'10.—Luis Camió, 0'10.—José Camió, 0'10.—José Tardio, 0'10.—Alberto Gómez, 0'10.—Ignacio Echevarría, 0'10.—Joaquín Numancia, 0'10.—Santos Lecca, 0'10.—E. Estebez, 0'10.—Vicente Val, 0'10.—Julio Maquinay, 0'10.—Antonio Pérez, 0'10.—Antonio Trincão, 0'10.—Vicente Legauti, 0'10.—Lorenzo de Lucas, 0'10.—Perfecto Jayo, 0'10.—Gastón Kindlert, 0'10.—Madel Yanes, 0'10.—Santiago Aguilar, 0'10.—Salvador Olano, 0'10.—Pascual Munoa, 0'10.—Jose Francés, 0'45.—Matías Izaguirre, 0'10. (Todos de Pasajes de San Pedro).....	2'65	
<i>Suma y sigue</i>	1037'07	

LA MUERTE DE PUEYO

Hace muy pocos días, en el inmediato pueblo de Pozuelo, adonde fué en busca de salud, ha dejado de existir este hombre cuyo apellido se hizo popular en toda España y en gran parte de América. Y ha muerto como vivió siempre y como siempre trabajó, modesto, silencioso, humilde...

Gregorio Pueyo era el editor de la juventud literaria española. Esto os demostrará que se trataba de un sentimental... Adquirir, aunque sea á precios irrisorios, los manuscritos de jóvenes sin nombre, es un romanticismo y una valentía; y por romántico y por valeroso no llegó á enriquecerse, á pesar de su laboriosidad y su constancia. ¡Pobre libreto audaz y poeta, que no dejó nunca de leer y hacer leer al público obras de escritores jóvenes, ni aun en aquella época reciente en que á varios ilustres consagrados, como Gómez Carrillo, Trigo, Répide y otros muchos, les editaba sus volúmenes!

Pero la ingratitud es muy amiga de los pocos años, y á Pueyo se le combatió con saña por los mismos á quienes él

hubo favorecido. Más de un jovencuelo lenguaraz, que no habría publicado libro ninguno si el editor aquél no le ayudase con algunas pesetas, dijo pesetas del editor á última hora, puso al mediocre libro por las nubes y desdeñó desde su torre de marfil las pesetas de marras... después de habérselas gastado alegremente; en muchas ocasiones entregó el benévolo librero cantidades á cuenta de obras que jamás fueron escritas, y aquellos que debieron escribirlas ó devolver las cantidades adelantadas, no hicieron lo uno ni lo otro, aunque despellejaron á su protector. Tales miserias y amarguras habian de convertir más tarde en un filósofo á Gregorio Pueyo.

Ante su muerte, no podemos menos de conmovernos los que, un día no lejano, pusimos en sus manos, temblorosos, con el fervor de quien entrega su heredero á la nodriza que ha de amamantarle, el manuscrito sucio de nuestro primer libro. Y evocamos aquella tienda lóbrega y pequeña de la calle de Mesonero Romanos, entre cuyas paredes discutíamos todo lo que hay de discutible unos cuantos genios sin pelo de barba, hasta que el editor, aturdido por las conversaciones, esgrimía, airado, un tomo de Baroja:

—Señores, hagan el favor de salirse á la calle. ¿No ven que aquí hay que trabajar, y no nos dejan?... ¡Me están ustedes arruinando!

Hoy, reviviendo estas escenas, comprendemos que Pueyo se lleva á su sepulcro un temprano jirón de nuestra juventud, una rosa tronchada del ingenuo rosal de nuestro espíritu.

Decididamente, aquel hombre que nos admiraba y tenía fe en un talento que por desdicha no poseíamos, era un sentimental...

La última vez que le vi estaba muy desmejorado, acaso herido del mal que le mató. Al despedirme y estrechar mi diestra entre la suya, preguntóme con solicitud:

—¿Cuándo concluye usted esa novela?

Aún no la he concluido, amigo Pueyo... Usted, en cambio, concluyó muy pronto la pintoresca y triste novela de la vida.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

El autor del anterior artículo, que tras el título de *El Pueblo*, de Valencia, tiene razón al presentar á Pueyo como un libro excepcional. ¿Si lo sería que, como dice hace poco, era el único en toda España que se atrevía a vender libros de El Motin?

Doy mi pésame á su familia.

Ante el juez:

—Detenido; vuestra mujer se queja de que la habéis golpeado. ¿Qué podéis alegar en vuestra defensa?

—Una excusa concluyente. Yo estaba trabajando para que lloviera porque mi jarro lo necesitaba, y ella se puso á rezar para que el tiempo siguiese bueno á fin de que su ropa se secase bien al sol.

GAZMOÑAS Y BEATOS

En estos días de ayunos y abstinencias he notado que raya en lo exagerado lo que practican algunos.

Conozco á un hombre formal, tan devoto y tan cristiano, que no habla ni aun á su hermano porque es hermano *carnal*.

En pro del pescado lucha en su casa, de tal modo, que por ser pescado todo él mismo resulta un *trucha*,

pues sé, por cierta persona, que su temor á pecar no le impide visitar los viernes á una *jamona*.

Conozco á más de un beato —¡alma candorosa y buena!— que no falta á una novena y, piadoso y mojigato, de su salvación en pos y á su beneficio atento... presta al cuarenta por ciento con santo temor de Dios!

Otro ir al cielo desea, y, entregado al sacrificio, ciñe á su cuerpo el cilicio, las disciplinas emplea,

y, esclavo de la fe santa que brota en su alma sencilla... ¡pega luego á su *costilla* cada paliza que espanta!

Hay señora que ha observado siempre conducta ejemplar y, pretendiendo evitar con el ayuno el pecado, está gorda y colorada, predica la penitencia, é imponiendo la abstinencia... ¡mata de hambre á la criada!

Y hay político eminente, de altas virtudes ejemplo, que pasa el día en el templo rezando devotamente, y entre el fervoroso arrullo de su rezo ante el altar...

¡es cuando suele tramar los planes de algún chanchullo!

pues tras esas devociones y conductas ejemplares hay gazmoñas á millares y *Pantojas* á montones.

Si el Cristo que abre los brazos sobre el mundo impenitente la emprendiera nuevamente en el templo á latigazos, veríamos los mortales, al calmarse el alboroto... ¡á más de un varón devoto ilenito de *cardenales*!

JOSE RODAO

La Religión y la Moral mauro-conservadoras

El Sumo Pontífice conservador, D. Antonio Maura, predicó el día 5 un sermón en la Academia de Jurisprudencia, á la cual asistió buen golpe de damas aristocráticas y de dominós clericales.

Metióse en camisa de once de varas, es decir, en Religión y Moral como elementos de la educación, llegando en sus conceptos á la altura del oura de Chaorna, y en su dicción, según el texto de *La Epoca*, á la exquisitez que va en los siguientes párrafos, comentados al vuelo.

Definiciones y alcornoques

«La educación es adiestrar al hombre para el buen uso de la vida, para no malograr su propia existencia.»

Muy manca está la definición de la educación: pero veremos que son peores las definiciones de sus elementos: el *buen uso de la vida*, etc.

De paso, el orador sirvió á las damas los siguientes pasteles.

«Pronto volverán las frondas de las arboledas, y los árboles darán flores y frutos de la misma especie que el primer árbol.

»Pero el hombre no puede ser así; por eso la educación forma su *sér moral*»

En botánica se ve que anda poco fuerte el señor Maura. Ni los árboles son lo que él dice, estacionarios, sino que son grandemente *educables*: ni el hombre es así, que pueda saltar la especie engendrando hijos de otra especie distinta, que es lo que afirma gramaticalmente el predicador, que no tenía necesidad de emplear tales disparates para su sermón.

La educación y los aprendizajes

«Y hay tantas educaciones como destinos. No hemos de hablar de las especialidades de educación: hay un fondo común para todos.»

«Lo primero que se ve en la educación es su fondo religioso. ¿Y por qué digo esto? ¿Porque yo sea un clerical? (Risas.)

«¿Qué ideas más comunes y más sin sentido común...? ¿Por qué las vierte el señor Maura?... Pues... por hallarse rodeado de damas elegantes á quienes enseña el «fondo»... Y al ver tal fondo... se rien las graciosas picaruelas...»

Y después de las risas de las señoras, el serio orador prosigue:

«Si educar es adiestrar para la vida ¿cabe educación sin concepto de esa vida?»

«Padre predicador, alerta con esos trotes... La educación va siendo, según usted, la canalización de la vida á un fin determinado. Si este fin preconcebido es malo, la educación será perversa.»

Vaya ahora el *concepto* que Maura tiene de la vida:

Las imágenes de Dios fusiladas

«¿Cuál es el concepto de la naturaleza de la vida y de sus fines?»

«La Religión nos da una afirmación de la dignidad de la personalidad humana, á la que se le dice que está hecha á semejanza de la imagen de Dios, y que todos somos iguales.»

¿Imagen de Dios... el hombre? Y Dios ¿cómo es?... He aquí lo que se calla D. Antonio.

No sabe cómo es Dios, pero sabe que el hombre (Francisco Ferrer (Guardia y Clemente García, por ejemplo), son imágenes suyas...»

Puediéramonos del «concepto» que de Dios debe tener D. Antonio, cuando tan brutalmente trata á sus «imágenes...» ¡Lo que vale la Religión para levantar la dignidad humana... y hacernos á todos iguales en los fosos de Montjuich!...

Por lo demás, los *finés de la vida humana* según la religión, no pueden ser más frívolos ni más inútiles: *glorificar á Dios*, que no necesita gloria alguna porque se la trae toda consigo.

Señalemos de paso la pequeña distracción teológica-gramatical del orador, al decir que la personalidad humana «está hecha á semejanza... ¿De qué? ¿de Dios?... No lo dice el P. Antonio. A semejanza de la imagen de Dios... lo cual es una herejía contra el Génesis, que hace al hombre *imagen directa* de Dios, y no *semejanza de una imagen* suya... ó sea una copia de segunda mano... Ya vemos

que anda Maura tan mal de Botánica como de Teología...

Pero... siga, siga el orador.
«Se le habla de libre albedrío, y de que el pastor entre los ríos, y el Rey en su Trono, son iguales ante Dios.»

«Ante Dios, eh? Ante Dios el que está allá, detrás de las mentidoras estrellas... Allá está la igualdad entre el Pastor y el Rey, según la Religión. Fuera de allá... riome yo de la igualdad religiosa... Dígalo el Papa con su infalibilidad y su guardia suiza.»

Pero... ¡te veo, marrullero! Eso de igualar el pastor al rey, es una pntadita á Palacio... El que se yer gue ante el mundo como idolo desde el poder, tratando al pueblo como miserable hato de brutos, sin piedad y sin educación, al entrar en Palacio se viste el escapulario religioso y le dice al rey: «Somos iguales... Dios lo dice...»

Un Dios á Imagen del hombre

«El cristianismo no dice que suprime las desigualdades entre los hombres, entre ricos y pobres, esforzados y débiles: dice que á todos se les aplicará la misma ley.»

Ya veremos que la ley esa, es la del embudo romano; pero no nos distraigámc.

»Dios no tiene para los hombres más que derecha é izquierda.»

«...El Cristianismo. ¿No dice que suprime...? ¿No, eh?... Y el comunismo de los primeros cristianos, ¿qué era sino la supresión de ricos y pobres?...

Ya se ve: Maura quiere la igualdad... allá, ante Dios... en quien no sabemos si cree. Pero á condición de que Dios «no suprima la desigualdad» de acá... ¿Qué bueno es ese Dios para los ricos y poderosos... hechos á semejanza de su imagen!...

Lo de derecha á izquierda en Dios, es graciosísimo... aunque sea herético. Porque la Biblia, además de la derecha é izquierda, afirma que Dios tiene espaldas y vuelve la cara hacia adelante y hacia atrás «á semejanza de los hombres conservadores» que lo concibieron á imagen suya.

Y... ahora viene el fondo de la cuestión.

Moral sin religión y religiones sin moral.

«Y decir religión es decir moral!»

No cabe duda acerca de esto. Díganlo el Padre Busquets de Reus; el cura de San Vicente, de Sevilla; los papas Borjas y Carafas... Su moral es su religión y su religión es su moral... Moral de incestos, de estupro, de asesinatos, de simonías...

«La moral encadena la vida siempre á una ley.»

También es indudable: y ya tenemos los tres términos del sermón. Decir religión del embudo es decir moral del embudo. La moral del embudo nos encadena á la ley del embudo.

Enterados y adelante.

«Nosotros, los creyentes, no acertamos á separar la moral de la ley cristiana.»

¿Los creyentes... eh? No acertan á separar la moral de la ley cristiana, pero aciertan á separar sus obras de esta ley y de aquella moral!...

Con lo cual ellos mismos se sentencian. Ahora, Maura apunta á Mr. Broda, por sus conferencias en el Ateneo:

«Hay quienes pretenden que se funde una moral fuera de la Religión.»

¿Sí, eh?... ¡pillines! En cambio el Papa y Maura pretenden fundar una religión fuera de la moral. Porque aquí está la cosa: ¿qué es lo primero, la moral ó la religión?

Y he aquí un dogma católico que Maura ignora:

Hay morales religiosas y morales sin religión. Lo dijo Cristo, que Maura dice ser su Maestro. «También los gentiles tienen su ley y su moral.» Luego hay una moral sin religión, desde antes de nacer don Antonio.

Y hay «religiones sin moral, y lo que es peor, inmorales». ¿Cuáles son?

Hagamos la prueba. Son diez, supongamos, las religiones «existentes y reconocidas. Convoquémoslas á Congreso y fallemos por mayoría de votos.

—¿El catolicismo es moral ó inmoral? —«Inmoralísimo!» Nueve votos, contra uno.

Y así de todas las demás.
«Se trata de sustituir el trabajo de pasar á mayor examen. Todas son peores, y ellas se lo dicen.»

«Vaya una moral la resultante de todas ellas!»

Maura y Moisés

El orador se sube á la cumbre del Himala ya y dice muy sentencioso:

«Se trata de sustituir el Sinai por una cátedra y ya se encargarán de sustituir la cátedra por el banquillo del acusado! (Grandes aplausos).»

«...¿Qué garrulería es esta? ¿Qué imbecilidad?»

«Será alusión al fusilamiento de Ferrer, arrancado de la Escuela Moderna para ser llevado al foso de Montjuich? ¡Oh, sueño dorado de la aristocracia española el de aquellos tiempos de villas sin escuelas, pero con horcas!...

«¿Qué falta nos hacen en España Sináis, si tenemos los fosos de Montjuich... sin cátedra y aun sin banquillo?»

Maura se ha corrido un poquito; no quiere banquillos, ni cátedras. Le basta el Sinai, siendo él el Dios que habla con truenos de cañones y envuelto en nubes de humo.

Esta es su moral ideal y su religión... ¡Oh, los creyentes... son excelentes fusilantes!...

Maura y David

Dice Maura:
«Nos hablan ciertos Amérgos de la instrucción, y no sé de nadie que no la crea necesaria para conocer el bien.»

«No sabe de nadie? Pues yo sé de uno.»

Dice David:
«En la frente llevamos el sello de la inteligencia divina... que nos enseña á distinguir el bien del mal.»

Y á distinguir un orador, de un arador. Un fariseo, de un hombre probo.

Un hipócrita, de un creyente. Un fatuo que no sabe lo que dice, de un adulator que no dice lo que sabe.

Y todo, sin necesidad de instrucción.

Maura y Loyola

Signe diciendo el orador:
«No será absurdo separar la instrucción de la educación?»

Esto debió preguntárselo á los jesuitas, con quienes hizo Ejercicios, y le responderían:

«El gran pedagogo Ignacio de Loyola, prohibió á los novicios analfabetos que aprendiesen á leer.»

Un analfabeto es un excelente portador de cartas.

Ya ve el cofrade Maura cómo Loyola sabe realizar el absurdo de separar la educación y la instrucción.

Bomba final

«Toda educación tiene forzosamente un fondo religioso, un fondo moral, y aquélla acompañada de instrucción.»

«Instrucción... Moral... Religión... Educación! ¡A Deusto, padre Antonio!»

A empollar hijos «marianos», educados en la cursilería gazmoña, en la Religión elástica del jesuitismo, con la Moral inmoral del confesonario y con la Instrucción corruptora del cerebro y del corazón, que ciega el entendimiento y castra la voluntad, enseñando embustes y ocultando las verdades, para que el «hombre... imagen del Dios que no tiene figura ni es imaginable», se forme de la vida un concepto falso, que soporte las iniquidades de los vivos de acá, con la vana esperanza de la justicia de allá.....

Y con esto, la moral conservadora puede estar tranquila en la opresión de pobres por los ricos durante la vida, chanchulleando, fusilando y robando, sabiendo que en la hora de la muerte serán igualados por la abolución del clérigo, que les dirá:

«Aquí no ha pasado nada. Yo te absuelvo

á ti, rico creyente y te paso á la derecha: y á ese pobre oprimido á quien las maldades de tu fe le han hecho perder la suya, voy á hundirlo en la izquierda con Satanás.»

«¡Oh religión salvadora del crimen y conservadora de la inmoralidad!»

«¡Iniquemos en ella á la humanidad, á fin de que ellos sigan siendo ellos, y nosotros los fusilados...»

«¡Catecismo!... ¡catecismo! Nada más que catecismo á los pobres... A los otros, ya se les iniciará en el maquiavelismo de confesarse á última hora y de sacarles del infierno con indulgencias.»

«Vaya un sermón el de D. Antonio!»

El obispo de Madrid estaba oyéndolo, y diciéndose sin duda:

«Todo esto significa que puedo seguir á Cristo camino del Calvario, arrellanado en los almohadones de mi automóvil. ¿Qué bueno es Dios!... ¡Y luego dirán que Cristo no vino al mundo para redimirnos!...

R. MAYOL

PARA MUJERES SOLAS

Sermón de cuaresma

También á vosotras, queridas hermanas, madres é hijas de mis conciudadanos, os tenia que tocar el turno de ser predicadas por Fray Laico.

Vosotras precisamente sois las más necesitadas de escuchar las verdades del laicismo. Vosotras sois las que mayor atención debéis prestar, para recordarlas siempre, siempre, las palabras salidas del corazón de uno de los hombres que más y mejor ama á las mujeres. Porque yo os digo, hermanas mías, que en la mujer veo siempre á la madre, á la esposa, á la hermana y á la hija, y por lo tanto puedo comprenderla mejor que el cura, que está privado de ver á la hija y á la esposa, y obligado á abandonar á la hermana y á la madre.

Yo quiero deciros hoy, que la tan careada religión católica, apostólica y romana, es un compendio de crueldades contra la mujer, pues si bien hace nacer de una mujer el hijo de su Dios, la presenta con un esposo que es tan sólo padre putativo del hijo de su esposa.

Pero antes, en el comienzo de la fábula de la Creación, esta religión presenta á la mujer en tratos con el demonio, y junto con éste, engañando á su marido haciéndole comer de la fruta prohibida.

El cura, que quiere á la mujer arrodillada á su vera frente el confesonario, la desprecia públicamente haciendo voto de castidad.

El eclesiástico, que dice que una mujer fué la madre de su Dios, no quiere casarse para no hacer madre de sus hijos á una mujer legítima.

El fraile que reúne en determinada iglesia á las mujeres solas para explicarles cuál es el camino de su salvación, prefirió el claustro al hogar matrimonial.

Y todos los que se dicen representantes de aquel Cristo que hizo á su madre madre de un Dios, repudian á la mujer y se niegan, oficialmente, á hacerla madre de sus hijos.

Los santos padres de la iglesia, los que luego han sido santificados por sus predicaciones, han dicho de la mujer lo peor que puede decirse de esta hermosa y buena mitad del género humano.

Uno ha dicho que *«la mujer es el estercolero de la humanidad»*.

Otro ha predicado *«el alejamiento de la mujer por ser la depositaria de todos los vicios»*.

Otro ha señalado a la mujer como la esclava del demonio.

Y por fin, la mayoría de los santos varones han despreciado públicamente a la mujer motejándola con los más denigrantes epítetos.

Y todos aquellos santos, que tan mal paradas dejaron a las mujeres, de mujer habían nacido y por lo tanto a sus mismas madres comparaban con lo más repugnante y despreciable.

Por esto os aconsejo, queridas hermanas, que os separéis de la Iglesia y de sus hombres, reintegrándoos al seno de vuestras familias, donde encontraréis el cielo deseado si os portáis como buenas madres, buenas esposas y buenas hijas.

La hija debe tener en su padre el consejero y confesor más interesado en guiarla por el buen camino y más propicio a perdonarle sus culpas.

La esposa gozará de aquella tranquilidad de conciencia otorgadora de la bienaventuranza terrenal, si considera a su marido el único Dios de su casa, y puede tener la seguridad de que, portándose como una buena y amante esposa, el Dios de su hogar será indulgente, bueno y amoroso.

La madre, que como esposa siga mis consejos, encontrará el camino trillado para la educación de sus hijos, pues, inculcándoles el amor al Padre, hará de su Hijo un Espíritu Santo de bondad y hombría de bien.

El amor que la mujer dedica a las cosas imaginarias lo roba a sus deudos, y muchas veces el marido busca fuera del hogar la parte de amor que su esposa no puede otorgarle por haberlo distribuido entre el Dios de los sacerdotes y los sacerdotes de aquel Dios.

La madre que quiera tener la seguridad de amar a sus hijos con todo el amor santo de madre, debe procurar que éstos sean tan felices como se puede serlo en el mundo, y para lograr esto, debe empezar por prepararlos para que sean hombres libres, ya que sin libertad no hay felicidad posible.

Debe procurar que sean sabios, y para lograr esto no inculcarles ideas falsas de ultratumba, ideas que embotarian su cerebro, llenándolo de prejuicios y falsas orientaciones.

En una palabra; para que vuestra casa se convierta en un cielo, debéis alejaros de los que os repudian y acercaros a los que os aman.

FRAY LAICO

En el Génesis, capítulo II versículo 17, se lee: «Mas del árbol del bien y del mal

no comerás de él, porque el día que de él comieras, morirás.»

Adán y su parienta no atendieron a Jehová y comieron del árbol, por lo que dejaron de ser inmortales y todos nacemos con el pecado original a cuestas, pecado original que se borra con el bautismo.

Y si el bautismo borra este pecado, ¿por qué los bautizados mueren, exactamente lo mismo que los no bautizados?

LIBRO NUEVO

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

En este libro (el que más me gusta de cuantos he escrito), figura al final este artículo:

Sansón

Recapitemos, Juan, variando de estilo.

Estás solo, como ya te he dicho; completamente solo.

Tu padre murió en presidio, por hurtar unas coles para entretener el hambre un día.

Tu madre, atropellada por un coche en el mismo montón de basura de donde extraía trapos, papeles arrugados y huesos roídos por los perros.

Tu mujer, por encontrarse débil y extenuada a la hora de dar a luz.

El mayor de tus hijos, de resultas del vómito en Cuba, adonde fué de soldado.

El de en medio, por haberse caído del andamio en que trabaja de albañil.

Y el otro, por haber ensayado en él los doctores del hospital un medicamento cuya composición ignoraban.

De tus hijas, la mayor fué asesinada por la miseria y la infamia social.

La segunda, la que concibió de un hombre que daba y quitaba patentes de moralidad, murió por falta de asistencia en el parto.

La tercera, está en una casa de prostitución, lo que significa muerte moral.

Y la pequeña, en un convento de hermanas de la Caridad, lo que equivale a muerte civil.

Aniquilada la mayoría de tu familia y dispersado el resto, ¿qué piensas hacer?

Semejante al pez preso en el trasmallo, que cuanto más se agita más se enreda, te será difícil dirigir tus pasos a parte alguna sin tropezar con un muro muy alto ó una sima muy honda que te impedirán avanzar.

La religión, que se dice tu defensora, remacha cuantas cadenas te ponen, cuando no toma la iniciativa; la ley, que aparece dictada en tu provecho, se aplica siempre en contra tuya; el orden, base del bienestar, es para ti sinónimo de

enervamiento y postración; la justicia, garantía de la nonradez, te estrella cada vez que tropiezas contigo.

Si tienes hambre y pides limosna, te detienen; si hurtas para comer, te prenden; si suplicas, se burlan de ti; si amenazas, te ametrallan; si hieres, te fusilan.

Y todos te explotan y te roban; y a pesar de que nada tienes, los impuestos más onerosos pesan sobre ti, y pagas más que los ricos, porque pagas en sudor, sangre y lágrimas, líquidos que al derramarse en demasía arrastran en su corriente la existencia.

Te imponen todos los deberes, y aun cuando te reconocen algunos derechos, no puedes ejercitarlos unas veces, y otras no te lo permiten; te conceden todas las libertades, pero sólo dejan a tu alcance las del suicidio ó la rebelión, ambas en cualquiera de sus múltiples manifestaciones; y te dicen ¡anda!, después de ahorrarte.

Pides pan para tu cuerpo, y no te lo dan; buscas alimento para tu inteligencia, y no lo hallas; llamas a las puertas de la equidad, y no te abren; y ni siquiera tu corazón halló nunca cariño en tu hogar, porque la miseria separa más que la muerte.

Tus tristezas igualan a tus angustias, al ver que tus dolores no son siquiera compadecidos, ni tus necesidades atendidas más que con la limosna clásica, ó con la filantropía de reglamento, heladas, crueles, como todas las virtudes mecánicas; y más aún que por esto, al convencerte de que eres el huérfano eterno de la ley.

Y te subleva el ver que haya palacios donde no repercuten tus ayes, y templos religiosos que permanezcan mudos ante tus quejas, y templos de justicia donde la iniquidad encuentra amparo, é instituciones que se atraviesan en tu camino, y preocupaciones que te detienen, y costumbres que te atan, y todo un pasado que te abrumba.

Miras a tu alrededor, y no encuentras un eslabón siquiera que enlazar a la cadena de tus recuerdos de familia; entre tu nacimiento y tu vejez hay cien hogares abandonados por la dura ley de la necesidad; los rincones de las alegrías y de las penas compartidas han sido profanados por penas y alegrías extrañas; el postrer vestido de tu padre y el primer gorro de tu hijo se empeñaron para dar una taza de caldo a tu mujer enferma. Y ni aún te queda el consuelo de arrodillarte alguna vez ante la tumba de los seres queridos: revueltos con los demás en la fosa común, no puedes empapar en lágrimas ni un puñado de la tierra que tapa sus restos...

Mas ¿qué veo? ¿Lloras, Juan?... ¡No, por Cristo! Enjuga esas lágrimas, no vayan a verlas, y te juzguen cobarde mujerzuela, en vez de hombre viril. No desmientas nunca el valor que demostraste siempre en tus luchas con la miseria, la injusticia y el aislamiento, lo que te impidió caer muy abajo.

En vez de llorar, indígnate; de encor-

varte, incorpórate; de doblar las rodillas, levanta los brazos. Nada de timidez en la mirada ni de embarazo en el ademán; sé Espartaco, no Job.

Con tal que no te resignes, todo lo alcanzarás en plazo más ó menos corto; mas para esto lo primero que necesitas es no dudar de ti. Un solo peligro hay: que tomes por argumentos irrefutables los enervadores sofismas de la miseria.

Es ésta una amante horrible que acaricia con mano descarnada, mira con ojos sañudos, besa con boca fría y abraza con rigideces de esqueleto, helando el corazón; así, Juan, ten cuenta con ella; y ya que no puedas apartarla de ti, no le permitas que te aconseje, pues no parece sino que los poderosos de la tierra le han encargado amenguar tus energías y apagar tus bríos.

No olvides, sin embargo, que si la miseria es todo eso, también se asemeja al crisol en lo de purificar; y que el hombre que después de haberla conocido se aparta de ella sin abdicaciones vergonzosas, queda más honrado y más puro.

Mucho te queda que sufrir todavía; las injusticias y los crímenes sociales que han prescrito y tomado carta de naturaleza entre los derechos y las virtudes, han de oponer ruda resistencia á la realización de tus justos deseos; mas no desmayes y avanza, que ya llegarás.

No te faltarán redentores, generosos los unos, interesados los otros; óyelos á todos y aprende de todos, mas no esperes nada sino de ti mismo, de tu voluntad, de tu iniciativa. Si te ofrecen paliativos, acéptalos como nuevas armas de combate.

Y hasta que llegue el día en que la justicia prevalezca, consuélote la idea de que tu miseria engendre la peste, que á lo mejor hiere á otras clases; el aire que sale de tu boardilla impregnado de miasmas mortíferos, sorprende en su tocador á la hija del poderoso, y á los tres días coloca una palma en sus manos yertas; tus hembras se prostituyen y arrastran á la deshonra á los hijos de los que viven de tu trabajo, introduciendo la perturbación en sus familias, arruinándolos y envenenando su sangre; y en los génesis revolucionarios, los harapos de tus hijos y sus caras sombreadas por el odio hielan la sangre en las venas de los que te despreciaron, y quedan así vengadas generaciones enteras.

Entretanto, y para que el cambio te encuentre en condiciones de poder aprovecharlo, estudia, aprende, medita, indaga, dentro del círculo en que hoy te agitas; que así como el formado alrededor de la piedra que rompe la serena superficie de la laguna es pequeño y va ensanchándose, el tuyo se hará mayor cada vez, y alcanzarás tanto más cuanto más sepas y sientas.

Y al par que esto, ama, para que tu corazón se incline al bien; y odia, para que no te abandone la energía: al equilibrio de estas dos pasiones se debe el progreso humano.

Y el día que sepas bien lo que se te

debe en justicia, pídelo en la forma usual; y si no te lo conceden, demándalo de manera que nadie dude de que estás resuelto á obtenerlo; y si tampoco consigues nada, Sansón, á quien superas en fuerza, te enseñará lo que debes hacer; con la ventaja para ti de que no perecerás hajo las ruinas del templo, porque representas el Trabajo, y éste se salva en todos los cataclismos sociales.

JOSE NAKENS

El catecismo y las escuelas

Apenas el conde de Romanones se le ha ocurrido iniciar la idea mil veces plausible de suprimir el Catecismo en las escuelas, ya tenemos el gallinero español alborotado.

Un clamoreo general análogo al que levantó la ley de Asociaciones, llega de todas partes, clamoreo que, naturalmente, se encargan de reproducir, glosar y exagerar en todos los tonos los periódicos católicos y algunos otros de los que encienden una vela á Roma y otra á Romanones.

Es curioso lo que ocurre en España. Ni que la administración pública ande por los suelos, ni que la emigración aumente en proporciones aterradoras, ni que se bastarden las leyes, ni que impere despótico el caciquismo, ni que se aumente de día en día los impuestos irritantes y arbitrarios que hacen cada vez más imposible la vida del ciudadano, nada logra sacar á Juan Español de su apatía ingénita, de su vergonzosa conformación: díjase que España es un pueblo de eunucos; pero que alguien trate de atacar alguna cosa que se relacione con la religión, y ya tenemos la gresca armada. Legiones de curas, beatas y miembros de diferentes círculos religiosos se agitan, amenazan y vociferan, como si la ventura y el porvenir de las naciones dependieran exclusivamente de las creencias de sus habitantes.

¿Quiere decir esto que los españoles sean creyentes más fervorosos que los de las demás naciones del globo? No. Yo he tenido ocasión de visitar en Singapoor y en Port-Said una sinagoga israelita, una pagoda china y una mezquita mahometana, he visitado aquí varias capillas evangélicas, y en cualquiera de estos templos, sin excepción, he observado más respeto y más unión, yo mismo he experimentado más fervor que en ninguna de nuestras iglesias aparatosas y teatrales, antítesis perfectas de lo que debe ser un lugar destinado á la oración y al recogimiento.

El conde de Romanones haría muy mal en dejar empollar el proyecto de suprimir el Catecismo en las escuelas, que, ya sea el de Ripalda, ya de Astete ó ya el reformado por Pío X, no es otra cosa que un manual incomprensible para la infancia, en cuyas páginas hay cosas que no se pueden explicar á los niños sin fantasearlas, y que sólo contribuyen á sembrar la confusión en las inteligencias infantiles.

¿No es deplorable que millones de criaturas pierdan el tiempo—que en nuestras escuelas es la mayor parte,—robándolo á estudios más útiles, en rezos ó en recitar de memoria párrafos sobre la virginidad de María, sobre Religión y Moral ó sobre las historias de David y Salomón y otros santos varones que nada tienen de edificantes?

¿A qué mezclar la enseñanza escolar con la religiosa, cuando nada tiene que ver una con otra? Quédesse el catecismo para las iglesias, que allí iría á buscarlo todo el que quisiera, y para las madres de familia, que son las llamadas á inmiscuirse en las conciencias de sus hijos, aunque sobre esto habría mucho que hablar.

La religión, como la moral, como el patriotismo, no deben salir de las conciencias como el honor, son patrimonio del alma, que dijo Calderón de la Barca; nacen con el individuo y no se aprenden en ningún libro, ni nadie podría explicar claramente.

El instinto lleva al hombre á sentir. El nos induce á amar el pedazo de tierra que nos vió nacer; él lleva al hombre á morir por su patria, como otras veces lo convierete en criminal y malvado.

La enseñanza religiosa no corrige el instinto nativo. Díganlo si no los infinitos impíos, los grandes criminales, las prostitutas más célebres y tantos otros, que al llegar á la hora de la lógica han olvidado la enseñanza que recibieron y han tomado el camino que mejor les ha convenido.

Falta de religión, me arguirá alguno: falta de escuelas, digo yo. Hay que derribar tantas iglesias inútiles, para levantar escuelas, que tanta falta hacen. Más cultura y menos catecismo. La instrucción es quien debe realizar el milagro. Un hombre culto será siempre un hombre honrado y buen ciudadano. Salvemos las inteligencias, hagamos que desaparezcan los miles y miles de analfabetas que vegetan hoy en España; el alma, que cada cual cuida de la suya, sin la tutoría del Estado; para eso están las iglesias.

La enseñanza religiosa, al menos como hasta ahora se practica en las escuelas, es además, más perjudicial que beneficiosa. Mientras cualquier protestante, cualquier mahometano, cualquier budista, conoce y practica más escrupulosamente su religión, la inmensa mayoría de los católicos, la mujer católica, sobre todo la española, no sabe á fondo lo que cree. Adora misterios que le han enseñado á adorar, y de ahí no pasa. Que alguien trate de quitarles la venda y hacerles ver que una cosa son las doctrinas de Cristo y otra el clericalismo, que ella confunde lastimosamente, y os contestará como única defensa:

—Si, tiene usted razón; pero desde pequeña me han enseñado á creer esto, y «no quiero» creer otra cosa, aunque me convenza de que estoy equivocado.

¿Qué oponer á esto? Confucio dice que una mujer ordinaria tiene tanta inteligencia como una gallina, y una mujer extraordinaria tanta como dos gallinas. Tratándose de muchas mujeres, esta sentencia del filósofo chino aún me parece un elogio. Ante la resistencia pasiva, es inútil querer dar un paso adelante.

La mujer española se aferra á su clericalismo, ni más ni menos que los chinos al uso de la coeta y las mujeres malabares á la costumbre bárbara de dejarse achicharrar vivas sobre el cadáver de su marido. Alguien les habrá hecho ver lo salvaje de semejante costumbre, acaso ellas preferirían vivir á padecer el horrible martirio; pero así han visto morir á sus madres, á sus abuelas... En esto de conservar tradiciones y prejuicios, podemos vanagloriarnos de estar á la altura de China y del Indostán.

Hay que salvar las conciencias infantiles del influjo clerical, limpiándolas de escrupulos y noñerías; hay que remozar las ideas de los hombres de mañana. Con ello desaparecerán esas legiones de hombres abúlicos, de mujeres fanatizadas y supersticiosas, de juventudes anuladas esterilmente en los claustros. Estirpemos las inútiles virtudes de la resignación, de la conformidad; sembramos una juventud audaz y redentora. Si Garibaldi hubiera sido un fanático, la obra más grandiosa del siglo pasado, la unidad italiana, no sería un hecho.

En plena enseñanza religiosa, cuando se multiplican los conventos y Roma impera y domina, en España no se puede vivir. En las calles se blasfema y maldice, la incultura del pueblo indigna y asombra, la prostitución y el alcoholismo se extienden prodigiosamente, y la criminalidad aumenta. El pudor, la sencillez y la modestia es casi un mito. Hemos perdido las colonias, estamos en guerra hace siete años, la agricultura agoniza y nos morimos de hambre. ¿Son

estos los beneficios que reporta la enseñanza religiosa?

Vista la ineficacia del remedio, hay que buscarlo por otro lado. Pongamos nuestra esperanza en las escuelas neutralizándolas. La instrucción y la cultura son las que han de derribar la España fanatizada, la España pasiva, agotada, senil, para hacer que de sus cenizas resurja un nuevo pueblo fuerte y vigoroso. La España ideal de una generación emancipada.

CECILIA CAMPS

El Liberal.

Las tres cosas de Jesús

(PETICIONES)

«Jesús mío: Yo quisiera que el Presidente me diera, por fin, la ansiada cartera. La de Instrucción prefiriera; pero, si no, otra cualquiera me vendría de primera para salir de la fiera situación de mi crisis financiera. Si no fuera posible la de Instrucción; ni pudiera ser la de Gobernación, ni la de Estado, siquiera que me dé una Dirección general; y, en conclusión, una plaza de peón caminero ¡acaso fuera también una solución!...»

«Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que te encuentras—por lo visto—clavado en ese madero para enjugar nuestros lloros y remediar nuestros males: Yo estoy há tiempo mochales por las corridas de toros; pero no tengo un real (¡y estamos á diez aún!) por lo cual quisiera un abono de *El Liberal* Guardo los veinte cupones publicados hasta ayer, domingo, á costa de haber pasado mil privaciones; pero los ocho restantes sólo de tí los espero, pues—como te dije antes—ya no me queda dinero, ni quien me lo preste. Así que esas ocho perras chicas las vengo á buscar aquí, ya que Tú te sacrificas por todo cristiano fiel... Y haz luego, para final, que salga premiado en el sorteo de *El Liberal* el número de mi bono, ¡para que de esa manera la temporada primera no se queda sin mi abono!...»

«Jesús: Un novio, ¡por Dios!; y si puede ser dos, dos, y si puede ser tres, tres; ¡que ya sabré yo después, de cuál de ellos ir en pos!...»

«Jesús: Ya te dije el viernes pasado que por mi suegra, ¡y eso que lo es sólo en ciernes!, pasaba la pena negra. Y al ver mi situación crítica, no desoigas esta prez: «¡Que reviente de una vez, Señor, mi madre política!... Si acaso esta petición te parece muy sañuda, ¡que padezca una afección laríngea, y se quede muda!... Y, en último extremo, dame cualquier oficio, Señor, ¡para que ella no me llame golfo, chulo y vividor!...»

«Jesús: Que esos franciscanos de la

Orden de capuchinos, no confundan los divinos negocios con los humanos. Que Méndez Alanís halle cualquier medio «delicado» para que hagan en privado lo que hacen hoy en la calle, pues no habla muy en favor de la «piedad» española que las gentes formen cola para «sablear» al Señor. O, en fin, que allá se las hayan los capuchinos con su arte; pero, si han de profanarte, ¡mejor será que se vayan con la bandeja á otra parte!...»

Por los pedigüenos,

CARLOS MIRANDA.

Cristo y el Anticristo en el obispado de Murcia

Un excelente amigo de *El Motín* me envía un protocolo de recortes de periódicos murcianos y notas especiales describiendo y comentando las bellezas y donosuras de la justicia y rectitud de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana en la provisión de curatos, verificada después de trece años por un fraile que ha cambiado el convento por el palacio episcopal, el hábito por el capisayo, el voto de pobreza por sus ochenta mil y pico de renta, y el voto de obediencia por la botadura de párrocos.

Nuestro amigo me exhorta á aportar mi fajito de leña á aquella hoguera con el santo fin de aumentar el cisco párroco-episcopal que, según dicen, tiene escandalizada á media España.

¿Por qué he de meterme yo en tales frezados, que abandoné hace años con propósito firme de no reincidir?

Veinte años atrás, campañas de esta índole y sobre estos asuntos, habrían sido, á mi ver, fecundas para la patria y para la ética popular. Ahora, á mi ver, es perder el tiempo el dedicarlo á tales pindonguerías. Todo el clero hiede: arriba, abajo y en medio; el secular y el regular; el francés como el español.

La vida clerical ha caído en lo grotesco, del cual no la levanta ni el diablo. Y en lo grotesco, lo trágico resulta sarcástico y lo cómico resulta macabro. ¡Hiede!; y de este monntón fétido, sólo cabe decir lo que el buen Quijote decía á su buen Sancho: *peor es meneallo.*

El clero háse hecho el sordo á las llamadas que le han hecho el Decoro, la Justicia, la Vergüenza, la Moral, el interés propio, el verdadero interés religioso y el patriotismo; llamadas contra la tiranía pontificio-episcopal y contra la farsa monástica. El clero parroquial cobarde, medroso, suicida, imbécil, antipatriota y escéptico, no ha respondido á tales llamadas.

Los que se propusieron despertarle del letargo de sus vicios sociales, fueron sacrificados y decapitados. Por mi parte, á toda consulta sobre esto no puedo responder más que esto otro: «No tiene remedio; su mal es de muerte irremisible. Tiempo y trabajo perdido los empleados en curarle.

Claro está que nuestro amigo no ansía la curación del mal, sino su precipitación á la muerte.

¿Cómo se logra mejor la precipitación, reventando los tumores, ó dejándoles á la acción de su propia ponzoña?...

Yo creo que si á Galeote le hubiese jaleado sus conflictos con el obis-

po Izquierdo, éste no habría sucumbido en la forma que lo hizo.

Si Prat no hubiese tenido el desahogo de la prensa, en la cual evaporaba sus odios al obispo, es posible que Laguarda no pasease por las calles á estas horas.

¿Cuál de los dos tipos nos más productivos en la economía ético social, Prat muriendo de *asistolía*, ó Galeote disparando *apistolías*?

Que el clero es oprimido, vejado, tiranizado...

Parece que sí: pero se aguanta, tan sufrido, tan modosito, tan calladito, tan cobardecito, tan comodocito, tan perezo-sito, tan dame pan y llámame perro, tan gallina, tan payaso... Porque, señores, seamos justos: para que exista el tirano, hace falta un pueblo bragazas que lo soporte. Para que haya un vejamen se necesita un vejador... y un vejado...

Por lo cual concluyamos con la verdad escueta: de tal palo tal astilla: de aquellos polvos salen estos lodos: tal para cual dijo la sartén al cazo... y, en fin, que á mí no me tiraniza hoy obispo alguno, ni todos juntos, y á! que lo intentó ayer, le corté los cuernos de la mitra, que son los símbolos místicos de sus uñas autoritarias.

Pues, si como yo hubiese habido un par de docenas, no más... No es mucho pedir dos docenas de hombrecitos entre sesenta mil cabezas humanas... Pues con dos docenas como yo, ni habría tiranías, ni habría injusticias de concursos, ni habría quien quisiera ser obispo, á pesar de los ochenta mil del ala, porque se vería forzado á cumplir sus ochenta mil deberes y á perder las ochenta mil noches y á tomarse los ochenta mil trabajos que su oficio y sueldo le imponen.

Pero... en fin; ya que mi amigo cree que debo dar algún golpecito ahí, vamos á darlo, y aun más de uno.

Sea el primero, mi felicitación más entusiasta al obispo de Murcia y Cartagena por esta sarracina que ha hecho en cánones generales y particulares, en reglas de buen sentido y de respeto al clero.

A todos les doy la razón: á los curas, cuando afirman que en la provisión de curatos no ha habido más que palos de ciego... y ¡ente tieso! Un campo de Agramante; un drama anticristiano.

Así será cuando lo predicen desde los pulpitos trasladados de las columnas de las iglesias á las de los periódicos, los respetables párrocos murcianos. Démosles la razón á los ministros del Señor.

Y démosela también al obispo. Cuando así trata á su clero ¡qué tal clero será! Qué tal clero, digo, de sumiso, de incapaz de levantarse, de... de... de...

Si, señores: ¡por qué no hablar claro? He leído las tres cartas de *El Liberal* de Murcia y los artículos de *La Justicia*. ¿Qué se saca de ellos, en sustancia?

Lo siguiente. Que si la injusticia del obispo hubiese favorecido á los que ahora gritan contra ella, perjudicando á los otros... aquellos serían los apologistas del obispo ó de sus arbitrariedades.

En los escritos publicados se acusa al obispo de una serie de hechos contrarios á los cánones, contra los cuales los concursantes debieron *protestar* en forma, con la cual protesta el obispo se hubiese visto negro. ¿Por qué no protestaron y se acomodaron á la injusticia? Estas arbitrariedades en la marcha del proceso y desde el mismo comienzo del concurso, prueban á mi entender que el sentimiento de justicia en los protestantes de ahora, necesitó el fus-

tigazo final del perjuicio para sentirse herido y botar y cambiar en resentimiento el antiguo consentimiento.

Será cierto que el obispo ha denigrado al clero, sometiéndole á informes de la Guardia civil, como cualquiera sospechoso criminal vulgar: será cierto que los clérigos que se prestaron á ser instrumento del obispo en todas las hazañas que se denuncian, demuestran tener un pequeño concepto de la dignidad clerical: será cierto que ya llueve sobre mojado y que no es el primer cesto que hace aquel obispo... ¡Y todos estaban tan calladitos!...

Era azotada la dignidad clerical... y el clero callado. Se crecía el obispo... y el clero quieto... Los unos se hacían instrumentos ciegos, los otros se hacían cortejadores de estos instrumentos... y todos á la que salta y á esperar si sacarían la lotería de la injusticia...

Ha sido menester atacarles el estómago para que aquellos «cuyo Dios es el vientre» callasen mientras el vientre esperaba llenarse, y prorrumpiesen en gritos al verse engañados...

¡Trece años estuvo aquel clero sin concurso, viendo cómo el obispo llevaba al misterioso fondo de reserva los millones de las vacantes!... y ¡ni una queja al público! ¡ni una reclamación al Gobierno! ¡ni una denuncia formal al Metropolitano!... ¡Trece años... y toditos quietecitos, comprando con el quietismo el favor episcopal del concurso futuro!

¡Vaya que es sufrido y es manso aquel clero!... ¡Y pensar que entre sus individuos los habrá que saben tantos cánones como el autor de las cartas, y los habrá que pesen ochenta kilos, y habrá atletas capaces de levantar la catedral, y cazadores de finísima puntería, y párrocos capaces de encararse con todo un pueblo liberal exigiendo á bofetadas que se quiten la gorra á la cruz de su parroquia; y, sin embargo, tan mansos... tan mudos!... ¡Vaya, vaya! Confesemos humildemente que si el obispo de Murcia hizo lo hecho, fué porque pudo hacerlo. Más que mérito de su osadía, ésto de la mansedumbre de su clero diocesano.

¡Qué obispo tan osado! ¡Qué clero tan medroso! ¡Qué es lo peor?

Si se hubiesen portado como hombres desde el primer momento, el obispo no los trataría como parias á sus horas postreras.

¡Espectáculo es seguramente un escándalo anticristiano. ¡Quiénes son ahí el Cristo y el Anticristo? ¡Averígüelo Vargas. Lo cierto es que en este pleito sacerdotal no parece tratarse del Reino de Dios, sino del miserable puchero. ¡Oh! fuerza del cuido, que obliga á estallar una tempestad clerical, que no hubría fuerza humana de abortar!

Y basta por hoy. Si aquel clero decide hacer una hombrada, aunque tardía, ocasión habrá de repetir el golpe.

Trozos selectos del zafarrancho diocesano de Murcia

No va á convertirse EL MOTIN en Boletín eclesiástico, ni en Pasquin clerical. Renuncia, pues, á copiar los escritos de los párrocos murcianos contra el concurso ciervuno.

Recortaremos los siguientes párrafos sueltos, que son los primeros de la polémica:

Curas condicionales

«So'lo la Perla del episcopado español se ha atrevido á inventar esa calificación... in calificable: ¡Idóneos condicionales!

¿Y á qué opositores se les ha calificado de este modo?

«A los que, según se dice, se les ha hecho firmar no sé qué clase de documento, que hay quien asegura que es ó equivale á la dimisión con la fecha en blanco de la parroquia que pueda corresponderles.»

Esto, que en cualquier carrera del Estado, sería depresivo y altamente inmoral, tratándose de beneficios eclesiásticos, si es cierto (que yo no me resisto á creerlo), es nulo é ilegal, si es que no sabe además á simoníaco.

Que es nula la renuncia así hecha, fácilmente se demuestra con la misma definición que traen los tratadistas de Derecho Canónico.

Se llama *renuncia*, la dimisión que el beneficiado hace *libremente*, ante el legítimo superior, del beneficio que *posee*.

La dimisión que se les hace firmar previamente á los opositores, como se ve á primera vista, ni la hace un beneficiado, puesto que no lo es todavía, ni *libremente*, porque se les *obliga* á firmar, so pena de declararlos *no idóneos*, es decir, fuera de concurso; ni es del beneficio que poseen, puesto que en el momento de firmarla no sólo no poseen el beneficio curado, sino que ni siquiera han sido nombrados para él: ni tienen *ius in re*, ni *ius ad rem*.

Si es así, concluyo llamando de nuevo la atención al señor ministro de Gracia y Justicia, sobre estas dimisiones *nulas e ilegales*, y que hasta tienen cierto sabor simoníaco, *por mediar pacto en asunto benefical*; y al fiscal del Tribunal Supremo, para que vea el modo de hacer al obispo de Murcia cumplir *alguna vez* las leyes del reino.»

La Guardia civil, policía episcopal contra los curas

«Confiesen que se ha preguntado á muchos que *no eran curas vecinos de sobresaliente juicio y prudencia*, ni siquiera sacerdotes...

Se ha preguntado á seglares, que no dudo estén dotados de sobresaliente juicio y prudencia; pero que por esto mismo se habrán escandalizado al ver que los superiores eclesiásticos dudaban de la conducta de su cura; se ha preguntado *SIN JUICIO Y SIN PRUDENCIA* á beatas y caciquillos que, como es sabido, unas y otros no andan muy bien avenidos con sus curas, sobre todo si éstos son hombres que no se prescan, ni ceden á las exigencias muchas veces caprichosas, sino injustas, que unos y otras lo hacen con harta frecuencia; y finalmente, se ha preguntado hasta... ¡á la Guardia civil! (!!!)

Esto es ridículo...

Si lo supiera el Obispo de Jaca en cuanto fuera á las Cortes, pedía al Gobierno una recompensa para los individuos del benemérito Instituto, por los servicios prestados á la Iglesia, como consultores de los Obispos.

¡Qué medida de TAN SOBRESALIENTE JUICIO Y PRUDENCIA!... ¡Preguntar al comandante de un puesto de la Guardia civil si en su *libro verde* tiene apuntado al cura de la parroquia... y esta pregunta hecha por todo un Señor Obispo!

Sin comentarios.»

Sinodales con tragaderas

«¿Quiere decirnos el Señor Obispo, si les puede constar á los examinadores sinodales, con toda certeza, la autenticidad y veracidad de los informes recibidos, ignorando, además del opositor á quien juzgan, el nombre y las cualidades de los testigos de información, y no sabiendo de dónde proceden los informes recibidos, que ni siquiera leen, sino que los oyen leer al secretario, para impedir que por la letra pudieran descubrir al informante?»

No es nada: un cura muerto. Puede el baile continuar

«Era un jueves, día de mercado; multitud de huertanos acudían como de costumbre á la capital; la plaza de Santo Domingo estaba muy concurrida por personas de toda clase y condición; de pronto, cuatro disparos de arma de fuego hicieron detonación en el interior de la Iglesia de los Padres Jesuitas; al momento cundían por calles y plazas las tristísimas noticias de la muerte violenta del P. Toribio Martínez y el suicidio del malogrado Pedro Morales (q. e. p. d.) Este es el hecho.

El misterio lo envolvió todo. Unos culpaban á Juan, otros á Pedro, etc. ¡Podrá *La Verdad* darnos su opinión y decirnos en conciencia á quién considera responsable ante el Tribunal de Dios, de la muerte de aquellos dos malogrados sacerdotes? Hasta otra.»

Desterrados ¿por anarquistas?

«¿Por qué se encuentra Frutos Valiente, en Toledo? ¿Por qué es Doctoral Gaspar Archent, en Orihuela? ¿Por qué suena el nombre de Diego Tortosa, en Madrid? ¿Y Gil García, en Ciudad Real? ¿Y Martínez Ramón, en Avila? ¿Y Diego Vicente, en Cartagena? ¿Y Morales Pérez, en Buenos Aires? ¿Y Lledó Martínez, en América?

En la conciencia de todos está que esos sacerdotes sabios y virtuosos han sido lo sobresaliente de nuestro clero. Diga ahora *La Verdad* (órgano episcopal): ¿Por qué se fueron?»

Quien hace un cesto hace ciento si dan diócesis y no halla contratiempo.

«Ayer, hablando con un sacerdote muy bueno, muy digno, muy virtuoso y no tonito, nos decía mansurrón y socarronamente:

—Me extraña este alboroto inusitado, rarísimo, de los muy pocos, casi ninguno que se ha dado en España con motivo de la provisión de curatos.

Tantas y tantas Diócesis como hay en España, y en ninguna se producen protestas y escándalos, como los acaecidos en Murcia, por estas provisiones.

Si; recuerdo otro escándalo parecido, idéntico á éste que tuvo lugar en la Diócesis de Astorga cuando nuestro actual Obispo era Prelado de aquella Diócesis, y el escándalo se produjo idénticamente, por la provisión de curatos.

Por cierto, que me parece recordar que la maledicencia supuso que por esta misma causa hubo de apartarse á Fray Vicente Alonso Salgado de la regencia de la Diócesis de Astorga.»